

Tesis Doctoral en Comunicación
Facultad de Periodismo y Comunicación Social



**UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA**

A propósito de la educación pública y la libertad
Intermedia

Doctorando: Lic. Marcelo Belinche

Directora: Dra. Rossana Viñas

1 de julio de 2019

Para los duendes azules.

Confluencia

La educación pública argentina es herencia de las mejores ideas de los fundadores de la nación y lo mejor de los grandes movimientos populares. La 1420, la Reforma del 18, las leyes de gratuidad universitaria de Perón y de secundaria obligatoria de Kirchner la definen jurídica y conceptualmente.

Propone que todos puedan recorrer de manera gratuita un camino que reúna el primer guardapolvo con la formación superior, con el Estado como garante. Todos. En esa posibilidad radica su riqueza, porque aspira a otorgársela por igual tanto a los interiores geográficos y sociales profundos como a los centros privilegiados de un país desigual.

Sus escuelas, colegios y facultades contienen un ideal que luce los principios constitucionales y, a la vez, una opción de realización personal y de libertad. El derecho a enseñar y aprender se transforma en un derecho que debilita la injusticia social, y produce resultados que lo confirman, como esos primeros títulos universitarios de familias que rompen la lógica medieval de la riqueza heredada.

Un informe de la Dirección de Vinculación con el Graduado de la Universidad Nacional de la Plata, publicado en 2018, sostiene que casi el 90% de los egresados de la UNLP consigue trabajo durante el primer año posterior a graduarse, lo que confirma una encuesta realizada ese mismo año por la Dirección de Grado de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social a 700 de sus graduados entre 2015 y 2017.

Esto contrasta con el 22% de los jóvenes de veinticuatro años que, según el INDEC, está desocupado (Ministerio de Trabajo de la Nación, 2019).

Entonces, la confluencia del sistema argentino de educación pública, capaz de producir rápidamente resultados en el nivel de empleo (sin profundizar en la grosera diferencia de calidad de esos empleos), con las altísimas tasas de desocupación mencionadas debería resolver el problema. La educación debería ser la respuesta a la desocupación. Sin embargo, esto no ocurre.

Porque si el 14% de los niños que concluye el nivel primario no continúa estudiando; si la mitad de los que continúan, según explicó el presidente Mauricio Macri en la apertura de sesiones legislativas de 2018, no concluye; si de los que concluyen solo el 30% ingresa a la Universidad, y si de los que quedan se reciben tres de cada diez, los ríos no se reúnen y, tal como publicó la Organización para la Cooperación y el Desarrollo

Económico en 2017, solo dos de cada diez argentinos de treinta años poseen un título universitario (*Clarín*, 12/09/2017).

¿Qué ocurre con los otros ocho? ¿Eligen a los veinticinco años estar entre los desocupados en lugar de entre los ocupados?

Horizonte

A mediados del siglo XIX, el primer monumento esencial del capitalismo, la Torre del Reloj de Londres, declaró la propiedad del Imperio británico, también, sobre el tiempo.

En el norte de América, un segundo monumento declaró su propiedad sobre la libertad, en el país que había hecho su revolución política antes y empezaba a desarrollar su potencia industrial.

El tercero se levantó en París, al final del siglo, para declarar que el cielo del desarrollo se puede alcanzar desde lo breve y organizado, como soñaron los ilustrados.

Son los tres monumentos que conocemos todos. Los tres que hablan un lenguaje planetario.

Nacemos y vivimos en un puerto.

Basta con mirar el mapa de las rutas nacionales, que antes fueron vías de ferrocarril, para comprender el diseño del país que nos tocó a partir del lugar que le otorgó el mundo moderno.

En 1810, la reunión de las ideas que llegaron desde París con el germen del Imperio británico impactó de lleno en estas costas y terminó con los restos del Imperio español en decadencia. La madre patria nos dejó su cultura, Francia sus ideas, Inglaterra un lugar en su modelo económico. Mareas de inmigrantes italianos y españoles terminaron de configurar el siglo XX argentino.

Después de Mayo, revolucionarios y comerciantes resolvieron el pleito con los godos en una década, y en las cuatro siguientes discutieron el país. Su revisión muestra la lucha entre el peso del interior geográfico y el centro hegemónico del puerto de Buenos Aires. La Inglaterra victoriana, triunfante en las guerras napoleónicas que configuraron el siglo europeo, intervino abiertamente en esa guerra civil.

La Vuelta de Obligado ofrece una postal inmejorable para entender la lucha, con la flota británica y francesa invadiendo el litoral para quebrar la tozudez de Juan Manuel de Rosas, que insistía con cobrarles impuestos. El Restaurador, que mantiene el récord de años como primer mandatario aunque no aparezca en las listas de presidentes argentinos, se mantuvo en su postura de defensa de los intereses de las entonces Provincias Unidas del Río de la Plata, lo que elevó su figura a la de defensor de los

intereses de la patria, aunque nunca dejó de ser un terrateniente y terminó sus días en tierras inglesas. El general José de San Martín, que los terminó en Francia, le dejó su sable y le escribió:

me hubiera sido muy lisonjero poder nuevamente ofrecerle mis servicios (como lo hice a usted en el primer bloqueo por la Francia); servicios que aunque conozco serían inútiles, sin embargo demostrarían que en la injustísima agresión y abuso de la fuerza de la Inglaterra y Francia contra nuestro país, éste tenía aún un viejo defensor de su honor e independencia; ya que el estado de mi salud me priva de esta satisfacción, por lo menos me complazco en manifestar a usted estos sentimientos, así como mi confianza no dudosa del triunfo de la justicia que nos asiste.¹

Seguramente el Libertador comprendía el conflicto e intuía su desenlace.

Fue Justo José de Urquiza, federal del interior, quien terminó el largo período rosista, del que la preservación de la integridad territorial fue la principal herencia. Urquiza desfiló con su ejército triunfante por la ya existente Plaza de Mayo con un distintivo punzó bien a la vista, aunque detrás de él tropas brasileras portaban banderas imperiales. Después votó la Constitución Nacional, creó la República federal y ubicó su capital en Concepción, lo que nunca sería aceptado por el puerto.

Las revueltas de Buenos Aires encumbraron a Bartolomé Mitre como nombre descollante. Tal vez una de las figuras más influyente de nuestra historia, Mitre inició el vertiginoso proceso de fundación del Estado argentino. Pudo derrotar a Urquiza en la misteriosa batalla de Pavón. Fue elegido presidente e inició la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay del mariscal Francisco Solano López. Paralelo a la Guerra de Secesión norteamericana pero con resultado inverso, este conflicto sentó las bases del país moderno.

En el Cono Sur de América se establecieron fronteras definitivas y en la flamante República Argentina se dirimió el pleito a favor del puerto. El ejército de Mitre (quien en sus ratos libres fundó el diario *La Nación* y escribió la historia clásica vigente hasta hoy), creado para la guerra, empezaría su recorrido como factor de poder esencial de la articulación nacional.

¹ Carta del 11 de enero de 1846.

Domingo Faustino Sarmiento, otro personaje notable, y Nicolás Avellaneda continuaron el diseño de Mitre, aunque Sarmiento reveló contradicciones en su presidencia que probablemente hayan producido el germen del sistema educativo argentino, su principal legado.

Avellaneda no tuvo dudas. Después de algunas crisis, más producto de disputas internas que de modelos antagónicos, el país estaba listo para que la siguiente generación completara el esquema. Fue su hombre más capaz, Julio Argentino Roca, el elegido para hacerlo.

Militar y político, Roca inició su primera presidencia a los 32 años y completó la segunda a los 72. En ese recorrido, supo integrar el país al esquema agrícola y ganadero que la Inglaterra victoriana proponía.

La distribución de tierras en la Pampa húmeda y el sur conquistado derivó en la creación de las grandes estancias que produjeron bienes exportables. Los ferrocarriles británicos transportaban estos bienes a sus fábricas, luego al puerto y después al mundo. El Centenario de Mayo mostró el esplendor de la Argentina granero, que a la Exposición Universal de París de 1889 había llevado tierra de la Pampa húmeda para lucirla, aunque la mano de obra que llegaba en olas desde España e Italia provocara problemas serios.

La muerte de Roca inició un ciclo de revisión de las políticas de los partidos conservadores que dominaban la escena desde los tiempos de Mitre. El voto calificado y el fraude organizado no contenían a la masa de recién llegados que, en lugar de poblar como decía Sarmiento, se concentraban alrededor del puerto y se agrupaban en gremios y partidos políticos. Luis Sáenz Peña optó por una suave incorporación de “nacidos varones” al padrón electoral, lo que bastó para que un extraño personaje, surgido del desprendimiento crítico de la Unión Cívica de Carlos Pellegrini y Leandro Alem, rompiera sesenta años de gobiernos defensores del modelo y llegara a la presidencia: Hipólito Yrigoyen.

El mundo vivía su Primera Guerra Mundial.

Un siglo antes vivía una guerra europea.

Napoleón había transformado la revolución de la Bastilla en un imperio continental al que la inmensidad rusa y las islas británicas le ponían límites. Había perdido el mar con los ingleses en Trafalgar, lo que le impedía realizar su sueño de navegar el Canal de la Mancha rumbo a Londres para ajustar cuentas acumuladas por siglos. Cometió el error

definitivo de cruzar la frontera hacia Moscú. El invierno ruso destruyó su Gran Ejército para siempre.

En los años anteriores, Francia había plasmado las ideas de los grandes pensadores del Siglo de la Luz en hechos. Junto con la cabeza de Luis XVI rodaron mil años de reyes y reinas que se habían disputado Europa tejiendo alianzas familiares diletantes, aunque dos siglos antes el Renacimiento anunciara los cambios inevitables que venían.

La furia de la Revolución no sólo guillotiné el mundo feudal, sino que creó las bases de los Estados modernos. La Declaración de los Derechos del Hombre consagró la idea de ciudadano en su primer artículo y la de propiedad privada en el último, y a partir de ella desde París en algunos años se produjeron más cambios de los que se habían producido en siglos.

Después de Waterloo, el mundo que emergió con la restauración monárquica francesa era otro.

De los telares al vapor, del vapor al tren y después al telégrafo, la otra revolución floreció en la Inglaterra de Victoria para colonizar buena parte del planeta. A veces a través de barcos y soldados, otras por medio de políticos y hombres de negocios, impuso un nuevo orden con la convicción de ser propietaria del progreso.

En el centro de Europa, un nuevo actor reclamaba parte del reparto. Se acababan las tierras y los mercados para conquistar, y el optimismo del capital en movimiento, cuestionado en manifiestos proféticos pero indetenible, reveló que los grandes actores estaban dispuestos a definir sus pleitos violentamente.

Fue un joven serbio el que tiró la primera pieza del tablero. Con una pequeña pistola acertó en el heredero del Imperio austrohúngaro, lo que empujó a la Alemania del Segundo Reich a involucrarse a favor de su aliado y atrajo la ambición del Imperio otomano. Junto a la Rusia del último zar, Francia e Inglaterra intervinieron en apoyo de los serbios. La participación de Japón, el otro nuevo actor que reclamaba su parte, y en menor medida la de los Estados Unidos terminaron de conformar la novedosa Primera Guerra Mundial, creación fundamental del siglo XX.

Al principio, los soldados marcharon orgullosos a un conflicto que imaginaron breve y caballeresco, al viejo estilo. El último importante en Europa había ocurrido treinta años antes entre la Alemania de Bismarck y la Francia de Napoleón III, y duró sólo unos meses, dejando más consecuencias políticas que bajas. Pero este sería distinto. Iba a durar más de cuarenta años y enterraría los restos del mundo decimonónico para alumbrar uno nuevo.

Yrigoyen llegó a la presidencia en la Argentina representando a los votantes de la Ley Sáenz Peña. La guerra estaba creando inesperadas condiciones para la economía nacional. El puerto enviaba sus granos y carnes a los frentes y a los países en conflicto, pero no recibía los productos de las fábricas europeas y norteamericanas, por lo que, además de vender mucho y a buen precio, compraba poco. Hubo que sustituir lo que se compraba y aprender a fabricarlo, lo que creó un raro concepto de desarrollo independiente y puso un paréntesis a décadas de una forma de vida.

De paso, Yrigoyen se animó a aprovechar el primer gran momento de desatención imperial para, por ejemplo, crear una empresa petrolera nacional, ampliar el Estado y reformar el acceso a la Universidad y su gobierno, lo que profundizó un ejercicio de representación de las incipientes clases medias que lo transformó en un presidente popular y en el gran elector de su propia sucesión.

Eligió a un hijo de las clases acomodadas como él, pero sin algunas de sus convicciones. Marcelo Torcuato de Alvear, descendiente de un apellido patricio, cumplió su período restaurando el modelo tradicional en el inicio convulsionado de la posguerra. Las bases radicales lo toleraron, pero exigieron el retorno del viejo don Hipólito, que a los 79 años arrasó en las elecciones de 1928.

Pero la economía no era la misma.

Un eufemismo, el “entreguerras”, reunía la explosiva situación de la Alemania humillada con la concreción de la revolución del siglo en la Rusia soviética. Y el ascenso del fascismo en Italia y la guerra civil española con los años locos de los vencedores, que se encaminaban a la crisis de 1929.

Yrigoyen apenas resistió el ahogo de un gobierno que la prensa ya consolidada como actor político atacó con brutalidad y el poder tradicional boicoteó desde el principio.

Intelectuales como Leopoldo Lugones anunciaron la puesta en marcha del primer golpe de Estado de la historia argentina, ejecutado por un grupo de aventureros del Ejército inspirados en la Italia de Mussolini y acompañados por los estudiantes de la Federación Universitaria de Buenos Aires.

De la orgullosa marcha de los soldados para un breve intercambio de movimientos de ajedrez al estilo napoleónico, la guerra pasó a convertirse en la primera de las tragedias del siglo XX. El progreso industrial se aplicó a las armas y durante cuatro años el horror se impuso sin límites. No había antecedente de locura bélica que pudiera anunciar lo que se vivió en Europa. Ni siquiera las guerras de América en el siglo XIX.

Cuando se acababan los recursos, los gobiernos apelaron a la explotación de los pueblos. En Rusia, un siglo de atraso político derribó a los zares y encumbró, inesperadamente, a los comunistas en el poder.

Solo la intervención de los Estados Unidos, al final, movió un poco la balanza en un conflicto estancado en las trincheras demenciales del frente occidental.

La devastación cambió los mapas, creó nuevos países y terminó para siempre con el poder de las monarquías.

Una paz endeble que administraría la flamante Sociedad de las Naciones surgió de la barbarie que iniciaron los conflictos imperiales. De esa fragilidad nació un nuevo conflicto, pero de orden ideológico. El mundo dejó de discutir tierras y mercados para empezar a discutir modelos de sociedad diferentes y opuestos.

El diario del 45 condenó al fascismo italiano y al nazismo alemán, que emergieron del derrumbe capitalista global de 1929 como alternativa al comunismo soviético en plena expansión, pero basta recorrer los primeros años del conflicto que los enfrentó –primero político y después bélico– para comprobar que, en cada continente y en cada país, estas ideas chocaron con final incierto.

José Félix Uriburu fue el primer presidente de facto de la República Argentina y por eso es recordado. Más amigo de la apariencia prusiana de militar férreo que del vuelo político, lo suyo fue recomponer el escenario anterior a 1916, suprimir las medidas populares de Yrigoyen y fantasear con algún proyecto corporativo de tipo italiano.

Fue reemplazado por Agustín Pedro Justo, también militar, pero proveniente de la tradición conservadora más hábil y con un claro posicionamiento probritánico en un mundo convulsionado. Este fue el hombre de la década.

Le tocó un raro escenario de crisis económica global, a lo que respondió con obra pública –vale repasar las que dejó, desde los estadios de Boca y River hasta el Obelisco porteño–, con el legendario pacto de exportación de carnes a Inglaterra –que condenó su prestigio para siempre– y con el fraude, al estilo de Mitre y Alsina, en tiempos electorales.

Contó con la ruptura del radicalismo entre yrigoyenistas y alvearistas, con la desaparición del sindicalismo anarquista y con la falta de vuelo del socialismo tradicional y el comunismo emergente. Y administró la poderosa migración interna que produjo la crisis del modelo agroexportador tradicional, que no deseó pero vio crecer en los alrededores de la Capital, como un inesperado cinturón que se ensanchaba para

producir lo que los socios británicos, que compraban poco, no mandaban, primero por la crisis y después por la guerra.

El cinturón también lo poblaron los hijos de esos inmigrantes de la Semana Trágica, que, habiendo presenciado el final de los sindicatos anarquistas tras años de lucha, violencia y derrota, rompieron con la memoria de las patrias madre para mezclarse en una trama única con los que llegaban en masa.

Resolvió su sucesión sin dejar de ser el hombre fuerte. Murió de cáncer en 1929. Su muerte debilitó la presidencia de Roberto Marcelino Ortiz, que también murió a poco de asumir, y su sucesor, Ramón Castillo, no logró recuperar el prestigio que el Partido Conservador había perdido.

El segundo golpe militar del siglo le puso fin al ciclo. El país había cambiado y el mundo estaba cambiando.

Ningún evento ha sido más abordado por la cultura occidental que la Segunda Guerra Mundial. El cine primero y ese monstruo llamado televisión después produjeron, producen y seguirán produciendo guiones que la tienen como marco, referencia o protagonista.

Hollywood es su fábrica y sus derivados, incontables. En ellos casi siempre hay buenos y malos, lo cual por supuesto no es cierto; sin embargo, funciona como un marco conceptual, porque, verdad de Perogrullo pero verdad al fin, la historia la escriben los que ganan. En este caso, uno de los ganadores, el gran ganador.

El John Wayne de *Arenas de Iwo Jima* o *Infierno en las nubes*, en los cincuenta, sirve como prototipo de la descomunal e interminable saga en la que el final feliz lo protagonizan los marines, con más o menos drama vinculado al heroísmo, derrotando japoneses o alemanes.

Esta simplificación del conflicto que reconfiguró el mundo y la maquinaria de saturación cultural que lo universalizó y lo mantiene vigente resuelven la complejidad de lo que fue un enfrentamiento de modelos sociales posibles, transnacionalizado, abierto hasta la batalla de Stalingrado, que pone en el otro extremo de Wayne el nazismo de Henry Ford o a Amado Granell, el anarquista valenciano sobreviviente de la Guerra Civil que encabezó la rendición del gobernador alemán de la París ocupada.

Rumanos, húngaros, italianos y franceses fueron derrotados por un general ucraniano en la batalla que cambió las cosas en 1943. Un millón de muertos de veinte nacionalidades

fueron parte del ejército que la ganó y que transformó a la Unión Soviética en el otro gran protagonista.

Tal vez los campos de concentración de Polonia representen el principio de un círculo que se completa con la bomba nuclear para pensar la tragedia humana que representó la Segunda Guerra Mundial.

La derrota militar del nacionalismo fascista y nazi dejó en el escenario a los dos grandes triunfadores durante las siguientes cuatro décadas.

El 19 de setiembre de 1945, el embajador norteamericano encabezó la Marcha de la Constitución y la Libertad por el centro porteño, entre el Congreso y la Recoleta. Más de doscientas mil personas acompañaron a los dirigentes radicales, socialistas, demoprogresistas, radicales antipersonalistas, comunistas, conservadores, democristianos; al secretario de la Corte Suprema y al rector de la Universidad de Buenos Aires; a los dirigentes de la Bolsa y la Cámara de Comercio. Bustos de los próceres que escribió Mitre y banderas argentinas al frente. Exigían la suspensión de las políticas que desde 1943 los generales Arturo Rawson, Pedro Pablo Ramírez y Edelmiro Farrell habían instrumentado a favor de los que Raúl Scalabrini Ortiz llamaría unos días después “el subsuelo de la patria”. Y la renuncia de quien las había motorizado: Juan Domingo Perón.

Terminaba la Segunda Guerra y comenzaban los alineamientos. El mundo centroeuropeo había terminado, y el capitalismo y el comunismo soviético lo discutían. América le tocaba a los norteamericanos y sus políticas. Había que terminar con estos tercios neutrales, con cierto tufillo fascista.

Entonces Perón renunció y fue detenido. Hubo una tardía y vergonzosa declaración de guerra al Eje. Volvía la normalidad...

Fue sin duda alguna, el día más importante de nuestra historia contemporánea porque señaló la falencia de los partidos tradicionales y de los factores de poder vigentes hasta entonces, para exaltar un elemento que todos habían invocado siempre, pero que no existía como hecho físico concreto: la masa, el puro pueblo, el hombre común que rompió los esquemas de sus dirigentes, aun de los más respetables, para imponer su voluntad. (Luna, 1972)

Hablaba del 17 de octubre. De ese asombroso 17 de octubre que sorprendió a todos, aún a los mejores intelectuales como Scalabrini Ortiz.

De ocurrir hoy, habría que imaginar una base social que se construye en poco más de dos años, produce una manifestación sin precedentes en el centro simbólico del poder formal y real, se transforma en pocos meses en opción electoral y derrota en elecciones limpias a todos los partidos existentes juntos.

Los diez años siguientes consolidaron las políticas que interpretaron ese país que los poderes establecidos y los intelectuales no vieron, no comprendieron ni comprenderían.

Pensamos que era una lástima tanta gente buena defendiendo una mala causa. Y después nos fuimos a recorrer el mapa de siempre, ahora alterado por cierta extraña soledad. Recién cuando escuchamos la voz desde la radio, catapultada por una tormenta de rugidos, nos dimos cuenta de que algo estaba pasando en el país. Pero como no entendimos qué era, exactamente, lo que pasaba, nos quedamos mirando sobradamente desde la vereda. Así diez años más. (Luna, 2012)

Nuevas certezas históricas, esas verdades que cuando nacen se naturalizan por generaciones, con el protagonismo de los trabajadores en la discusión de la riqueza en la Argentina como título principal, fueron las que dejaron los gobiernos democráticos peronistas. Encabezadas por un poderoso sentido común, que puede llamarse nivel de conciencia o conciencia de clase, dentro de una sociedad que aprendió a reconocer y respetar los intereses de las mayorías.

Entonces los físicos crearon artefactos capaces de terminar con el planeta estableciendo un antes y un después para la evolución humana. El tiempo hizo que las treinta o cuarenta mil armas nucleares que controlan hoy siete u ocho países se naturalicen en el paisaje; pero, en la posguerra, el impacto social frente al horror cierto escribió el prólogo de lo que se llamó Guerra Fría después del fuego de Hiroshima y Nagasaki.

El reparto entre los ganadores creó escenarios que iniciaron conflictos inevitables de largo aliento.

La torpeza que dividió a Corea con una línea recta en el marco del brote descolonizador impuesto a los perdedores produjo el primer conflicto violento que las potencias aprendieron a dirimir fuera de sus territorios en el nuevo mundo ideológico y bipolar.

La China de Mao Tse-tung, incorporada a la escena desde una visión propia del socialismo, aportó la chispa.

Después, el Estado de Israel inició su historia de inestabilidad y violencia alrededor de Jerusalén. Después fue Vietnam. Y después, la Cuba de Fidel Castro aportó la llama latinoamericana.

Los relatos de la crisis de los misiles de octubre de 1962 dicen que hubo quienes pensaron en apretar los botones. Cuesta imaginar tanta locura, hasta que se repasan las tragedias del siglo o se leen *1984* o *Fahrenheit*.

Fue después de que los hijos de los soldados que volvieron al país opulento y feliz de la familia y el consumo crearan grietas, primero en la cultura, después en la política. Las cuenta, en un gran detalle del guión, la escena de *Volver al futuro* (Zemeckis, 1987) en la que Marty, el protagonista, reemplaza a un guitarrista de una banda de baladas típica de los cincuenta, compuesta por músicos negros, en una fiesta de graduación. Dice “Voy a tocar un tema viejo... de donde yo vengo”² y toca “Johnny B. Good”, de Chuck Berry. Primero entusiasmo a los jóvenes presentes, que la bailan de forma liberadora. Después se excede, al mejor estilo Angus Young, de AC/DC, lo que los desconcierta y paraliza. Finaliza diciendo: “Es posible que no comprendan esto, pero a sus hijos les encantará”. En el corazón del entusiasmo, uno de los músicos toma el teléfono y llama a su primo: “Chuck, habla tu primo Marvin Berry. ¿Buscabas un ritmo nuevo? Escuchá”. Hacia fines de la década, Chuck Berry publicaba “Johnny B. Good”. Jerry Lee Lewis, “Grandes bolas de fuego”. Elvis Presley, el “Rock de la cárcel”. Allen Ginsberg, *El aullido*. Jack Kerouac, *En el camino*. William Burroughs, *El almuerzo desnudo*. Miles de jóvenes escuchaban y muchos leían.

El 16 de junio de 1955, aviones navales bombardearon y ametrallaron Plaza de Mayo, la Casa Rosada, el edificio de la CGT y la residencia presidencial de entonces, matando por lo menos a trescientas personas e hiriendo a seiscientas, aunque este número es probablemente muy superior. A través de este crimen atroz y cobarde intentaron asesinar a Perón.

La fórmula Perón-Quijano había obtenido el 63% de los votos en 1951, frente al 32% de Balbín-Frondizi, de la Unión Cívica Radical. La marea del 17 de octubre se había

² La película está ambientada en 1985, treinta años después.

convertido en una mayoría electoral aplastante. Las minorías comenzaron a buscar otros caminos.

“Muerta Eva Perón, el peronismo perdió brillo”, dice *La República perdida* (Pérez, 1983). Es posible. Lo que no había perdido era la capacidad de ganar las elecciones.

El golpe de 1955 sigue siendo una incógnita histórica. Los sublevados no constituyeron una fuerza capaz de derrocarlo, sin embargo, Perón cedió.

Después fueron las persecuciones. Los intentos fallidos de Frondizi e Illia de legitimarse absurdamente con la mayoría proscrita. Los experimentos militares desembocaron en Juan Carlos Onganía.

El peronismo, incomprendido en su origen, seguía sorprendiendo por su persistencia en existir.

El 9 de octubre de 1967 murió Ernesto Guevara en Bolivia. Perón escribió desde el exilio:

Hoy ha caído en esa lucha, como un héroe, la figura joven más extraordinaria que ha dado la revolución en Latinoamérica: ha muerto el Comandante Ernesto “Che” Guevara.

Su muerte me desgarró el alma porque era uno de los nuestros, quizás el mejor: un ejemplo de conducta, desprendimiento, espíritu de sacrificio, renunciamento. La profunda convicción en la justicia de la causa que abrazó, le dio la fuerza, el valor, el coraje que hoy lo eleva a la categoría de héroe y mártir. (Perón, 1967)

Y se reunió con los sesenta.

Cuando el 15 de agosto de 1965 los Beatles tocaron en el Shea Stadium de Nueva York, crearon los conciertos de estadio. Las 56 mil personas que asistieron fueron un espectáculo tan o más potente que el propio concierto. Su edición documental se detiene en el descontrol de las jóvenes, cuyos gritos impedían que se escucharan los temas, y hasta que los músicos se escucharan entre sí. Dijo Lennon que el estadio los había devorado.

Los llantos, los desmayos, los intentos de lanzarse al campo y llegar al grupo de corbatita y flequillo marcaron un punto de inflexión en la explosión de la cultura para jóvenes producida por jóvenes.

Los pibes y las pibas sentados escuchando atentamente a Berry o las películas edulcoradas de Elvis se habían convertido en estas jóvenes que, parecidas a los rebeldes de campera negra y gomina que irrumpieron en los cincuenta, ocuparon el espacio público con un inédito protagonismo que se profundizaría con asombrosa velocidad.

La locomotora Beatle siguió transformándose. Se superó musicalmente, se atrevió a opinar sobre política y, a partir del histórico *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*, produjo su propia estética.

De esos iniciales chicos geniales y divertidos se desprendieron movimientos que los incluyeron y los superaron, que eclosionaron en veranos del amor y tocaron la cima en Woodstock. Después se detuvieron en los setenta, pero sus fenomenales cambios siguen vigentes. Se cruzaron con la política mundial que, también protagonizada principalmente por jóvenes, inestabilizó el planeta cuestionando la legitimidad de sus actores centrales en Praga, en París, en Saigón o en Latinoamérica.

Tal vez el crimen de John Kennedy detonó el proceso. El impacto fue tal que hasta hoy se sigue ocultando la principal documentación que se produjo al ser investigado.

La lógica aceptable para la época que validó este asesinato oscuro, los movimientos guerrilleros en las fronteras del pacifismo hippie que fundaron los beat, los derechos civiles, el feminismo, el poder de grandes ideas capaces de concretarse, se desplegaron con el rock.

Cuando en 1967 el Ejército de Liberación Nacional de Carlos Olmedo intentó articular con el foco del "Che" Guevara en Bolivia, inició un recorrido en el que la violencia política se volvió un camino que los grupos de militantes vieron como posible en el mundo, y en particular en Latinoamérica, y lo reunieron con la inestabilidad argentina que seguía sin asimilar a Perón y el peronismo. Experiencias aisladas de los años anteriores no significaron lo que el ELN y su breve existencia.

Onganía había liquidado el aire que, sobre todo en el campo de la cultura, había generado por un rato el gobierno de Illia, y con sus planes de ajuste de la economía terminó por ahogar a un pueblo que respondió primero con el Cordobazo y después con el secuestro y asesinato de Pedro Aramburu, el más lúcido representante de los militares que derrocaron a Perón.

Los sesenta del mundo llegaron en la Argentina de los setenta.

Montoneros reunió su interpretación del foco cubano con su visión del peronismo, al que las mayorías seguían leales.

Perón supo leer el país y logró reunir sectores tradicionales de su movimiento con el empuje de los jóvenes que se incorporaron en masa hasta acorralar a la dictadura. Aceptó delegar en Héctor Cámpora su lugar como candidato y condujo el proceso que desembocó en las elecciones del 30 de marzo de 1973, postergando las contradicciones internas de este complejísimo frente de sectores que pujaban por conducirlo. Los 49 días de Cámpora como presidente aceleraron la historia y la cerraron con los incidentes de Ezeiza, en los que esta puja estalló violentamente, en el marco de la reunión de masas más importante de la historia argentina organizada para recibir a Perón en el fin de su exilio, movilización solo comparable con el acto en que Eva Duarte renunció a su candidatura a la vicepresidencia en 1951.

Después Perón reemplazó a Cámpora a través de las elecciones de septiembre de 1973, reuniendo el descomunal apoyo del 62% de los votantes. Finalmente intentó direccionar la crisis, tal vez mirando el derrocamiento de Salvador Allende en Chile o los golpes de Estado de Uruguay y Bolivia. Su muerte en 1974 aceleró el descontrol y provocó uno de esos puntos ciegos de la historia de los que es difícil acordarse, del que también fue responsable.

Quedó el experimento de Celestino Rodrigo como ministro de Economía que prologó el programa de José Martínez de Hoz de 1976.

Quedó el cuidadoso diseño del 24 de marzo que planificaron los sectores que habían sentido el temblor bajo sus pies el 20 de junio del 73, en el acto de asunción de un gobierno que, después de superar proscripciones y exilios durante dos décadas, celebraba en Plaza de Mayo con los jóvenes como protagonistas excluyentes.

Y quedó la figura de Isabel Martínez simbolizando una frustración popular lindera con el trauma, derrocada sin que nadie la defendiera después de ser elegida por aquel 62% apenas tres años antes.

La banda de sonido de *Fiebre del sábado por la noche* (Badham, 1977) vendió cuarenta millones de copias desde su estreno. Solo es superada por la de *El guardaespaldas* (Jackson, 1993). Fue un gigantesco fenómeno juvenil que reinterpreto los sesenta resucitando el pop y sentó condiciones para la aparición de gigantes mundiales como Madonna o Michael Jackson. La película cuenta la historia de un joven empleado de un barrio bravo de Brooklyn que intenta construir su futuro en la danza, en un marco de crisis económica y social que expresan desde su grupo de amigos sin futuro hasta su padre desempleado que transcurre la madurez entre la dejadez y el rencor.

Tres años antes, la Organización de Países Árabes Exportadores de Petróleo había tomado el control del valor del crudo y decidido elevarlo en los países que habían apoyado a Israel en su guerra con Siria y Egipto. El impacto en los países desarrollados de Occidente, en particular en los Estados Unidos, terminó con el ciclo económico vinculado a la producción de la posguerra e inició el de la especulación financiera en base a modelos de ajuste, en el marco de una transnacionalización acelerada de la economía. El triunfo de los conservadores liberales Ronald Reagan y Margaret Thatcher dio marco político a este proceso, y su alianza recorrió la década del ochenta como cerebro y motor de una reconfiguración de orden mundial.

A mitad de la década, Mijaíl Gorbachov inició la apertura del sistema político soviético a partir de la *glásnost*, que proponía libertad de prensa y de culto como base de una idea de ampliación de libertades individuales. Y su ley de cooperativas de 1988 reinstaló la idea de propiedad privada en la economía por primera vez desde los tiempos de Lenin.

La caída del muro de Berlín en noviembre de 1989 simboliza la reunión del capital financiero emergente con el fin de la URSS.

Los noventa de Bill Clinton y Boris Yeltsin consolidaron las bases de los ochenta. El liderazgo de Estados Unidos se consolidó en paralelo al desmantelamiento de la Unión Soviética, creando la noción de unipolaridad. Y no tardaron en aparecer intelectuales que proclamaron el fin de las ideas en un mundo sin ideologías.

La dictadura que inició Videla en 1976 fue el previsible final de un ciclo que una sociedad saturada aceptó y avaló. Pero rápidamente ese aval fue aprovechado para instalar el terror como método que viabilizara su programa político y económico. Y lo ejecutaron a fondo.

Ha sido estudiada y analizada la represión sistemática y atroz que, con procedimientos planeados por el Departamento de Estado en tiempos de Kennedy, se aplicó sobre activos militantes opositores políticos y sociales a través de las fuerzas armadas de los países latinoamericanos. La llamada Doctrina de la Seguridad Nacional. El terror merece seguir estudiándose.

La negación ciega de lo que estaba ocurriendo, la parálisis colectiva y la mansa aceptación de la propaganda sólo son comprensibles por el éxito de la política de sometimiento que la dictadura impuso sobre el pueblo argentino. La larga demora de la aparición de protestas importantes lo refleja.

Es difícil aceptar que los crímenes se revelaron socialmente después de Reynaldo Bignone. Aún más difícil es que el plan económico, articulado en la pérdida del valor del trabajo en lo material y lo simbólico, el desmantelamiento y la privatización del Estado y el endeudamiento externo como pilar del alineamiento con las políticas de acumulación financiera que empezaban a mundializarse, no haya sido resistido masivamente. Sólo el terror –aunque tal vez también la estupidez o la locura– puede permitir que se atente mansamente, contra el propio bienestar.

El 30 de marzo de 1982, la CGT realizó una marcha hacia Plaza de Mayo que fue reprimida brutalmente. Era el primer gran hecho de descontento que se registraba. Dos días después esa misma plaza volvió a llenarse, esta vez a partir del desembarco argentino en Malvinas, y Galtieri, que había sido poco tiempo antes elegido para resolver los titubeos de Viola, el sucesor de Videla, fue aclamado. El 14 de junio, anunciada la rendición, se llenó por tercera vez. La conmoción por la derrota se tradujo en protestas y la represión otra vez fue brutal.

En estas tres plazas es posible leer el estado de una sociedad que inesperadamente tuvo que volver a representarse a sí misma, y al menos fue capaz de elegir al mejor emergente del viejo radicalismo sobre los restos de un peronismo sin Perón que representaron ministros de Isabel.

Un nuevo país emergió del Proceso, cuyo fracaso para perpetuarse al estilo Pinochet no debe opacar el éxito de sus políticas, especialmente en el plano económico. Hay que reparar en el efecto que produjo en una sociedad a la que se le sustrajeron miles de personas que representaban ideas parecidas. En particular, los que mejor las representaban.

Raúl Alfonsín tuvo sus dos años de dignidad política. El juicio a los militares fue su punto cúlmine. Pero no supo y no pudo resolver el nuevo panorama económico nacional y mundial que recibió. Las corridas cambiarias y su traducción en el costo de vida, que empezaron con Rodrigo y se consolidaron con Martínez de Hoz como método de acumulación del capital financiero y los tenedores de divisas, lo desgastaron hasta derribarlo.

Le tocó el turno entonces a un peronismo que pareció renovarse a través de otro ministro de Isabel, pero que finalmente eligió a un emergente de las provincias conservadoras del norte. Menem también debe ser estudiado.

El “Gran Transformador” sobre el que escribió Pacho O’Donnell (1999) se las ingenió para terminar dos presidencias protagonizando a fondo la opulencia cínica de los

noventa y entregando la economía a los que voltearon a Alfonsín. Financió su Plan de Convertibilidad con más endeudamiento y, sobre todo, liquidando el Estado y sus empresas a favor de quienes se las apropiaron después de quebrarlas como contratistas y prestamistas. Cedió el control de la energía, el transporte y las comunicaciones a grupos nacionales y transnacionales, algo que no ocurre en el mundo desarrollado, lo que redujo drásticamente la capacidad del país para proponerse un modelo independiente. Y creó las hoy megaempresas mediáticas diversificadas, algo que tampoco ocurre en los países que deciden sus temas centrales.

Debe ser estudiado porque no fue electo por tercera vez sólo cuando parte de los intereses corporativos que lo aprovecharon eligieron refrescar las caras de sus representantes. Si se hubiera presentado en 1998, seguramente habría ganado.

El monumento a la ineptitud y al patetismo en el que rápidamente se convirtió Fernando de la Rúa tuvo que jurar mantener la paridad cambiaria, clave del aval que las clases medias le otorgaron a la Convertibilidad, para poder ser electo con lo justo. Pero el financiamiento en base a deuda que Norteamérica y parte de Europa le habían dado a Menem se estaba terminando. Y ya no había qué vender. Llegaba diciembre de 2001.

Vale la pena insistir en analizar y poner en contexto esa fenomenal maquinaria que es Hollywood en sus diferentes formatos. Desde ejemplos obvios como los villanos de la saga de James Bond, que desde 1962 hasta hoy cuenta la hipótesis principal de conflicto del Departamento de Estado, hasta los más torpes pero no menos eficientes en el plano de la cultura global como *Rambo*, que en 1982 se enfocaba en el maltrato que recibieron los excombatientes de Vietnam y se alineaba con extraordinarios testimonios del cine de la época para intentar catartizar la eterna herida de la guerra perdida. Hacia 1985, Reagan mediante, Rambo se había transformado en una suerte de mercenario musculoso sediento de venganza. Para la tercera entrega, de 1988, la derrota era un gran malentendido, ya que en realidad los marines habían ganado y podían ocuparse del Ejército Rojo.

Rambo II fue elegida la peor película en los premios Golden Raspberry (Razzies) de 1985, pero a la vez forma parte de la lista del American Film Institute en el puesto 222 como una de las películas “más inspiradoras”, y fue nominada al Oscar por su banda de sonido.

En la televisión, el tema es el mismo y su alcance es aún mayor. Desde los *cowboys* de los cincuenta hasta la máquina de fabricar sentidos que es la mega Disney de hoy, la tele

construye una parte de la identidad de cada generación en buena parte del mundo. *El Llanero Solitario* y la chica de *Soy Luna* representan setenta años de voces que nos hablan cinco horas todos los días. Algo así como quince años, todo el día todos los días, de nuestras vidas.

En 1989, *Seinfeld* empezó a contar la Nueva York que salía de la crisis y se consolidaba como capital del occidente global. Sus personajes, desde la idea de la no trama, se metieron con cada tema de su época y su ciudad, bisturí en mano, mientras caminaban por un Central Park todavía peligroso y andaban en subtes sucios y pintarrajeados.

En 1994, *Friends* empezó contando la cotidianidad de un grupo de amigos con cierto tono Generación X que rápidamente evolucionaron hacia lo estético básico y la reivindicación del modelo familiar tradicional.

En 1998, *Sex and the City* cerró la pintura en la Nueva York capital del mundo, profundizando lo estético hasta lo opulento, a partir de un planteo feminista tenue y elemental, representado en mujeres independientes y libres.

Entonces cayeron las Torres Gemelas.

En la segunda toma de la presentación de las tres primeras temporadas, el *skyline* de la ciudad aparece representado con el puente de Brooklyn y las torres. Después, el nombre de Sarah Jessica Parker, su actriz principal, aparece frente a ellas. En la cuarta temporada desaparecen. En su lugar está el Empire State. Exactamente en las mismas tomas.

El atentado que derrumbó el Centro Mundial de Comercio en la capital del mundo empezó a determinar el presente. La potencia de lo simbólico en los créditos iniciales de *Sex and the City* delata el tamaño del evento, su rango mundial. El edificio de *King Kong*, otro monumento de la cultura, es utilizado como atónita y elemental afirmación de identidad ante el asombro y la incertidumbre. Y bastan los primeros capítulos posteriores al atentado para reconocer el clima del nuevo siglo. La luz de la ciudad, su vitalidad, que tan bien enmarcaba a esas mujeres, se percibe gris. Ellas parecen pintadas sobre un fondo en blanco y negro.

A George Bush hijo le tocó esa primera década que determinaron las Torres. La intervención de los Estados Unidos en Medio Oriente reunió la venganza con los intereses petroleros de sus empresas de manera grosera. Después, llegó Barack Obama para terminar el trabajo. El primer negro presidente de la historia del país, justo a tiempo para recuperar el dejo progresista en la superficie brutal del mundo global y el poder financiero.

Probablemente Bin Laden nunca existió. Su anunciado asesinato en 2011, sin cuerpo y sin certezas, inició la distensión del Departamento de Estado, que relajó la presión sobre el petróleo árabe y retomó su política tradicional de intervención y liderazgo en los escenarios globales. Pero ese progresismo no logró imponer a la primera mujer después del primer negro. Hillary Clinton ganó en la capital del mundo por veintitrés puntos, pero perdió en los interiores deprimidos, en las zonas industriales, en los mismos lugares donde laten el Brexit británico, el incomprensible presidente electo en Brasil o los chalecos amarillos franceses.

Hoy, Donald Trump construye su reelección enfrentando el escozor de Hollywood, aunque ya no lo cuestionan tanto. Parece estar dejando de producirles esa vergüencita de los primeros años, mientras premian películas y a actores negros, levantan banderas feministas y sepultan a algunos de los abusadores que poco tiempo atrás disimulaban. Se olvidan de los temas que lo hicieron posible, como si no pudieran conectar los derechos de las minorías o de las mujeres con los sociales o los de los países en desarrollo, como si pudieran ocuparse sólo de mejorar el centro del mundo, sin que importe el mundo.

Las grandes leyes educativas cuentan esos momentos de la historia argentina en los que fueron posibles gobiernos populares a partir de crisis mundiales que atraieron la atención central de las potencias hegemónicas de turno.

La Reforma Universitaria habla de Hipólito Yrigoyen y la primera posguerra mundial. La gratuidad universitaria de Perón, de la segunda posguerra. La secundaria obligatoria, de Néstor Kirchner y las Torres Gemelas.

Eduardo Duhalde resolvió la disputa de 2001 entre el capital financiero y los exportadores de materias primas a favor de los segundos. La resolvió como jefe del peronismo aliado al Alfonsín de sus años de ocaso, con una devaluación feroz que mandó a la pobreza a veinte millones de argentinos. Esa decisión, también, terminó con su gestión de gobierno. La represión desatada por la policía bonaerense a una de las múltiples protestas que provocó la crisis se llevó la vida de dos jóvenes a la vista del país.

Las elecciones de abril de 2003 pusieron en escena la debacle de los partidos tradicionales. Y el más votado fue Menem. Sin embargo, la buena elección de Kirchner, empujado por Duhalde y el peronismo bonaerense, puso a aquel en el lugar del principal responsable de 2001 y lo sacó de carrera. Kirchner llegó a la presidencia con un magro

22% de los votos, habiendo sido elegido por la huida de ese personaje que vio “algo” y entiende el mundo en quintales llamado Carlos Reutemann.

Pudo ser Menem. Pudo ser Reutemann. Fue Kirchner. Y pudieron ser países muy distintos. Pero fue el país de la interrupción del modelo económico vigente desde 1975, en un escenario mundial de ascenso de gobiernos populares en Latinoamérica en el marco de la crisis de Medio Oriente.

Su muerte detonó un segundo mandato de su sucesora, Cristina Fernández. La recuperación que venía produciéndose en el país había tambaleado en 2008, cuando los poderes tradicionales mostraron las uñas. Esos poderes contaron con los grupos macromedia que desgastaron a Cristina Fernández con una ferocidad inédita. El Departamento de Estado norteamericano volvió a mirar Latinoamérica. Y comenzó a instrumentar el factor judicial, una suerte de nueva Doctrina de la Seguridad Nacional para el continente que completó el triángulo cuyo emergente en la Argentina fue Mauricio Macri. Y en 2015 cayó el muro de Perón.

Porque, desde 1945, el sentido común de las mayorías que adquirieron conciencia de su propia existencia el 17 de octubre levantó una pared que impidió que nombres representativos de los poderes tradicionales fueran consagrados por el voto popular. A través de golpes de Estado o de la cooptación de gobiernos que llegaron diciendo lo contrario de lo que después hicieron, ejecutaron una política que se interrumpió brevemente en 1973 y por más de una década hasta 2015. Ganó un apellido que representa a los contratistas del Estado que se enriquecieron con la dictadura y con Menem a fuerza de cobrar esos contratos, incumplirlos y nacionalizar sus deudas. Un hombre con aires de patrón al que hubo que humanizar y rodear de una estrategia de comunicación política de un nivel de elementalidad que por momentos avergüenza, pero cuya profesionalidad funciona.

Y el pueblo argentino votó contra sí mismo.

Hoy, la recuperación incipiente que produjo la pausa de esos diez años fue reemplazada por el programa económico que sigue vigente desde hace cuatro décadas, pero que se está aplicando con una velocidad que asombra. Profundizar la privatización de los pilares estratégicos de la economía, presionar sobre la pérdida del valor del trabajo, inviabilizar el Estado como administrador de un proyecto de país, desarticularlo como herramienta de defensa de los intereses mayoritarios y, en particular, endeudarlo hasta inutilizarlo es el modelo que –sorprende– pretende continuar ganando elecciones.

Esto expresa a una clase política que desde la recuperación de la democracia no sólo no ha acordado un modelo estratégico de país, sino que ha funcionado como mascarón de proa de quienes pretenden impedirlo, demasiadas veces.

La dictadura tomó un país con 8 mil millones de dólares de deuda y la llevó a 45 mil millones. Treinta y seis años de democracia llevaron la deuda 342 mil millones. Hoy, en 2019, deberán pagarse 600 mil millones de pesos de intereses. Un poco más que tres presupuestos educativos. Cinco presupuestos de Salud.

Para el gobierno que llegue en 2020 parece una tarea titánica salir, si lo intenta, si pretende discutir un poco con el puerto, de esta lógica de compresión sistemática del principio constitucional de bienestar general y de los derechos sociales, los que al mismo tiempo empiezan a chocar con límites indisimulables. El horizonte aparece oscuro e incierto.

Hoy no hay un Gran Hermano que todo vea con la cara de Stalin. Pero sí redes globales interconectadas que nos estudian como consumidores o electores. Tampoco los bomberos buscan libros para quemarlos, tal vez porque no hace falta. Casi nadie lee el *Quijote*.

Estamos viviendo el año de *Blade Runner* (Scott, 1982) y los autos no vuelan, pero las calles de esa Los Ángeles demencial que imaginó Ridley Scott hace casi cuarenta años se parecen y mucho a la avenida 7 del centro de La Plata.

Los estudiantes del Taller de Lectura y Escritura I de la Facultad de Periodismo finalizan su cursada con un ejercicio que les propone imaginarse en veinte años. Es interesante para estos jóvenes de dieciocho años pensar qué quieren hacer con sus vidas y cómo creen —a partir de una línea de tiempo que propone el programa iniciada en La Bastilla y cerrada con las Torres— que serán el país y el mundo en los que van a vivir. Casi siempre responden que las cosas no cambiarán mucho, aunque es provocativo señalarles que hace veinte años no había celulares o Internet. Se ven graduados y ejerciendo la profesión exitosamente, aunque suelen vincular ese éxito con lo material. Y realizados en planos familiares, aunque protagonizan una generación de libertad en los afectos y los vínculos, poco amiga de lo tradicional.

Estos rasgos, ampliamente generalizados, no dejan de exponer el qué hacer en lo estrictamente personal, más allá de la calidez de los modelos y los mandatos, como pregunta importante para estos pibes; aquel “adónde voy” de Roy Betty en la terraza

bajo la lluvia de *Blade Runner*, el sentido de la vida de Iván Illich, la distancia que separa el “tengo que” del “quiero”. La idea de la propia trascendencia.

Porque si este capitalismo global es lo mejor que la inteligencia humana puede producir, si los monumentos dejaron de hablar de progreso, libertad e inteligencia para convertirse en paisajes para turistas privilegiados, mirando el celular como *zombies*, en capitales mundiales del privilegio, no es lo mismo ser banquero que albañil. No es lo mismo ser operador de bolsa que docente. No es lo mismo.

Lectura

Todos los 12 de febrero en la red social *Facebook* aparecen infinitos mensajes del tipo “Julio, tu ausencia sigue provocando un vacío infinito” o “Julio, tus palabras siguen siendo un camino de exploración apasionante”, y cosas así. Pero sabemos, porque lo sabemos, que buena parte de esos bienintencionados activistas de lo aparente no pasaron de leer algún cuento breve en la escuela y tienen a Cortázar en la biblioteca como aquellos que compran libros por kilo para decorar el despacho.

Un estudio internacional reciente de la consultora alemana GFK dice que el 26% de los argentinos lee algún libro todos los días. La muestra se efectuó sobre un número importante de casos en diecisiete países, lo que posiciona al nuestro por sobre Bélgica, Japón, Holanda e Inglaterra (*Télam*, 2018). Realizada por medio de consulta vía web, probablemente haya sido presa de la misma pulsión que lleva a tantos a intentar que los demás piensen que están conmovidos por Julio Cortázar. Porque no leemos libros. O leemos menos de lo que queremos que se sepa.

Es un fenómeno interesante dentro del vértigo de las pantallas, de las redes sociales obnubilantes que se han expandido más y a mayor velocidad que cualquiera de los grandes imperios culturales que registra la historia, algo que las mentes que se atrevieron a imaginar el nuevo milenio, aún las más brillantes, no vieron venir.

Porque los libros tienen prestigio. Aunque no consumen su misión esencial, ahí están, resistiendo. Sin precisar ideario ni programa, sin aspiraciones de poder. Ocupando un lugar parecido a la culpa en un universo de empresas que inundan y ahogan; la culpa en la conciencia que sabe que las pantallas no son todo, ni lo mejor. No es poco.

Antes que el cine, la radio, la televisión o internet, la literatura fue el medio masivo.

Thomas Piketty escribió en *El capital en el siglo XXI* que

la literatura –en particular la novela del siglo XIX– rebosan de informaciones sumamente precisas acerca de los niveles de vida y fortuna de los diferentes grupos sociales, y sobre todo acerca de la estructura profunda de las desigualdades, sus justificaciones y sus implicaciones en la vida de cada uno. Las novelas de Jane Austen y Balzac, en particular, presentan cuadros pasmosos de la distribución de la riqueza en el Reino Unido y en Francia en los años de 1790 a 1830. Los dos novelistas poseían un conocimiento íntimo de la jerarquía

de la riqueza en sus respectivas sociedades; comprendían sus fronteras secretas, conocían sus implacables consecuencias en la vida de esos hombres y mujeres, incluyendo sus estrategias maritales, sus esperanzas y sus desgracias; desarrollaron sus implicaciones con una veracidad y un poder evocador que no lograría igualar ninguna estadística, ningún análisis erudito. (Piketty, 2013, pp. 9-10)

Sirven para comprobarlo el primer párrafo de *Sensatez y sentimientos*

Los Dashwood llevaban largo tiempo asentados en Sussex. Eran dueños de una gran hacienda y residían en Norland Park, en el punto central de sus propiedades, donde habían vivido durante muchas generaciones con un estilo tan respetable que, en términos generales, se habían ganado una buena reputación entre sus vecinos. (Austen, 2014, p. 5)

Y uno de los primeros de *Eugenia Grandet*:

Más allá, puertas guarnecidas de enormes clavos donde el carácter de nuestros antepasados trazó jeroglíficos domésticos cuyo sentido no se encontrará jamás. Unas veces un protestante firmó en ellos su fe, otras un partidario de la Liga maldijo a Enrique IV. Algún burgués grabó ahí las insignias de su nobleza de campanas, la gloria de su regiduría olvidada. Toda la historia de Francia está ahí, completa. Al lado de la vacilante casa, hecha con tabiques de madera rellenos de cascotes donde el artesano deificó su garlopa, se alza el palacete de un gentilhomme en el que sobre la cimbra plena de la puerta de piedra aún se ven algunos vestigios de sus armas, rotas por las diversas revoluciones que desde 1789 han agitado el país. (Balzac, 2010, pp. 11-12)

Alejandro Dumas fue borracho, despilfarrador, mujeriego, tenaz, aventurero, soñador y genial. Inventó la novela moderna contando su época y la historia. Les regaló a incontables generaciones un conjunto de palabras para que se recuerde el instante en que fueron leídas, cuando escribió:

En ese instante, Dantés se sintió lanzado hacia un inmenso vacío; hendía el aire como un pájaro herido, mientras caía y caía, y una sensación de espanto le helaba el corazón. Aunque algo pesado tiraba de él hacia abajo y precipitaba su

rápido vuelo, aquella caída se le antojó tan larga como un siglo. Por último, y en medio de un estruendo espantoso, entró como una flecha en un agua helada que le hizo gritar, aunque sentía que se ahogaba al mismo tiempo por efecto de la inmersión. Habían tirado a Dantés al mar, y le arrastraba hacia el fondo una bala de treinta y seis que habían atado a sus pies. El mar es el cementerio del castillo de If (Dumas, 2005, p. 161)

Poe no contó su época. Fue producto de ella.

Llegó una época –como me había ocurrido antes a menudo– en que me encontré emergiendo de un estado de total inconsciencia a la primera sensación débil e indefinida de la existencia. Lentamente, con paso de tortuga, se acercaba el pálido amanecer gris del día psíquico. Un desasosiego aletargado. Una sensación apática de sordo dolor. Ninguna preocupación, ninguna esperanza, ningún esfuerzo. Entonces, después de un largo intervalo, un zumbido en los oídos. Luego, tras un lapso de tiempo más largo, una sensación de hormigueo o comezón en las extremidades; después, un período aparentemente eterno de placentera quietud, durante el cual las sensaciones que se despiertan luchan por transformarse en pensamientos; más tarde, otra corta zambullida en la nada; luego, un súbito restablecimiento. Al fin, el ligero estremecerse de un párpado; e inmediatamente después, un choque eléctrico de terror, mortal e indefinido, que envía la sangre a torrentes desde las sienes al corazón. Y entonces, el primer esfuerzo por pensar. Y entonces, el primer intento de recordar. Y entonces, un éxito parcial y evanescente. Y entonces, la memoria ha recobrado tanto su dominio, que, en cierta medida, tengo conciencia de mi estado. Siento que no me estoy despertando de un sueño corriente. Recuerdo que he sufrido de catalepsia. Y entonces, por fin, como si fuera la embestida de un océano, el único peligro horrendo, la única idea espectral y siempre presente abruma mi espíritu estremecido. (Poe, 1990, p. 18)

Y Dickens, en su ciudad atroz, la describió:

Como se negara Santiago Dawkins a entrar en Londres hasta después de cerrar la noche, eran próximamente las once cuando llegaron nuestros viajeros a la barrera de 40 Islington, donde el Truhán aceleró considerablemente el paso, recomendando a Oliver que le imitara. Aunque ocupado Oliver con no perder de

vista a su guía, no pudo menos que dirigir algunas miradas a uno y otro lado del camino que recorrían, observando que en los días de su vida no había visto lugares más sucios y desolados. La calle era angosta y fangosa y la atmósfera estaba saturada de fétidas emanaciones. No escaseaban las tiendecillas, aunque parecía que los artículos únicos en venta eran montones de chiquillos, mercancías que, no obstante lo intempestivo de la hora, corrían y se arrastraban dentro y fuera de las casas o bien alborotaban y chillaban en el interior de las mismas. Las únicas casas que ofrecían aspecto decentado en medio de aquella miseria general eran las tabernas, donde la hez del pueblo, de la especie humana, disputaba ruidosamente. Callejuelas y patios que de tanto en tanto desembocaban en la calle principal ofrecían grupo de viviendas donde hombres borrachos y mujeres viciosas se revolcaban descaradamente en el cieno más inmundo, y de varias puertas salían individuos de aspecto poco recomendable que, a juzgar por sus movimientos cautelosos, debían abrigar propósitos que nada tenían de inocentes. (Dickens, 2007, p. 50)

Estos tres se conocieron e influyeron. Crearon al escritor popular que pensaba fervientemente en acumular lectores, diseñador y arquitecto de formatos y estilos universales, comprometido con su tiempo, fronterizo con la primavera del periodismo, en la era de las revoluciones.

De Mayo a Caseros, las guerras civiles se mezclaron con las de independencia hasta dibujar el mapa final de América del Sur. Juan Manuel de Rosas protagonizó esas guerras y dibujó esos mapas. Pero su legado sigue oscurecido.

Pocos ejemplos superan a *El matadero* para comprender el poder de la literatura en el siglo XIX, ya que hasta hoy, en cada escuela, sigue siendo leído como pintura de época, y en esas mismas escuelas la Batalla de la Vuelta de Obligado pasa desapercibida.

Continuaba, sin embargo, lloviendo a cántaros, y la inundación crecía acreditando el pronóstico de los predicadores. Las campanas comenzaron a tocar rogativas por orden del muy católico Restaurador, quien parece no las tenía todas consigo. Los libertinos, los incrédulos, es decir, los unitarios, empezaron a amedrentarse al ver tanta cara compungida, oír tanta batahola de imprecaciones. Se hablaba ya como de cosa resuelta de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, acompañando al Altísimo, llevado bajo palio por el Obispo, hasta la barranca de Balcarce, donde

millares de voces conjurando al demonio unitario de la inundación, debían implorar la misericordia divina. (Echeverría, 2005, p. 9)

Para 1870, la Revolución Industrial había devorado la política. El mundo había sido explorado y dibujado. Ahora se lo recorría y repartía en el tren del progreso infinito. Es curioso que quien mejor lo contó haya sido un francés que admiraba profundamente el Imperio británico pero no a los ingleses.

Nadie sabía que tuviese mujer ni hijos, cosa que puede suceder a la persona más decente del mundo, ni parientes ni amigos, lo cual era en verdad algo más extraño. Phileas Fogg vivía solo en su casa de Saville Row, donde nadie penetraba. Un criado único le bastaba para su servicio. Almorzando y comiendo en el club a horas cronométricamente determinadas, en el mismo comedor, en la misma mesa, sin tratarse nunca con sus colegas, sin convidar jamás a ningún extraño, sólo volvía a su casa para acostarse a la media noche exacta, sin hacer uso en ninguna ocasión de los cómodos dormitorios que el Reform Club pone a disposición de los miembros del círculo. De las veinticuatro horas del día, pasaba diez en su casa, que dedicaba al sueño o al tocador. Cuando paseaba, era invariablemente y con paso igual, por el vestíbulo que tenía mosaicos de madera en el pavimento, o por la galería circular coronada por una media naranja con vidrieras azules que sostenían veinte columnas jónicas de pórfido rosa. (Verne, 2005, pp. 11-12)

Pero otro francés advertía sobre los límites de ese progreso. Describía las clases sociales que operaban en la realidad concreta, y le sobraba audacia para representar al pueblo.

La mujer que iba a su lado era una de las que se llaman galantes, famosa por su abultamiento prematuro, que le valió el sobrenombre de Bola de Sebo; de menos que mediana estatura, mantecosa, con las manos abotagadas y los dedos estrangulados en las falanges –como rosarios de salchichas gordas y enanas–. Con una piel suave y lustrosa, con un pecho enorme, rebosante, de tal modo complacía su frescura, que muchos la deseaban porque les parecía su carne apetitosa. Su rostro era como una manzana colorada, como un capullo de amapola en el momento de reventar; eran sus ojos negros, magníficos, velados por grandes pestañas, y su boca provocativa pequeña, húmeda, palpitante de

besos, con unos dientecitos apretados resplandecientes de blancura.
(Maupassant, s/f)

Después de Caseros, Mitre y Urquiza discutieron cómo sería el país. Ambos contaron con plumas exquisitas:

¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo! [...] Facundo no ha muerto ¡Vive aún!; está vivo en las tradiciones populares, en la política y las revoluciones argentinas; en Rosas, su heredero, su complemento. [...] Facundo, provinciano, bárbaro, valiente, audaz, fue reemplazado por Rosas, hijo de la culta Buenos Aires, sin serlo él, [...] tirano sin rival hoy en la tierra. (Sarmiento, 2002, p. 7)

Después supe que al finao
ni siquiera lo velaron
y retobao en un cuero
sin resarle lo enterraron.

Y dicen que desde entonces
cuando es la noche serena
suele verse una luz mala
como de alma que anda en pena.

Yo tengo intención a veces
para que no pene tanto
de sacar de allí los guesos
y echarlos al campo santo. (Hernández, 1997, p. 151)

En la batalla de Pavón se dirimió el pleito. La Guerra de la Triple Alianza completó el escenario, al mismo tiempo que la de Secesión completó el del norte.

León Tolstói se atrevió en la Rusia de los zares a formular advertencias.

En ese mismo momento Iván Ilich se hundió, vio la luz y se le reveló que, aunque su vida no había sido como debiera haber sido, se podría corregir aún.

Se preguntó: ¿cómo debe ser? y calló, oído atento. Entonces notó que alguien le besaba la mano. Abrió los ojos y miró a su hijo. Tuvo lástima de él. Su mujer se le acercó. Le miraba con los ojos abiertos, con huellas de lágrimas en la nariz y las mejillas y un gesto de desesperación en el rostro. Tuvo lástima de ella también.

Sí, los estoy atormentando a todos –pensó–. Les tengo lástima, pero será mejor para ellos cuando me muera. Quería decirles eso, pero no tenía fuerza bastante para articular las palabras. ¿Pero, en fin de cuentas, para qué hablar? Lo que debo es hacer –pensó. Con una mirada a su mujer apuntó a su hijo y dijo: – Llévatelo... me da lástima... de ti también... –Quiso decir asimismo “perdóname”, pero dijo “perdido”, y sin fuerzas ya para corregirlo hizo un gesto de desdén con la mano, sabiendo que Aquel cuya comprensión era necesaria lo comprendería.

Y de pronto vio claro que lo que le había estado sujetando y no le soltaba le dejaba escapar sin más por ambos lados, por diez lados, por todos los lados. Les tenía lástima a todos, era menester hacer algo para no hacerles daño: liberarlos y liberarse de esos sufrimientos. ¡Qué hermoso y qué sencillo! –pensó–. ¿Y el dolor? –se preguntó–. ¿A dónde se ha ido? A ver, dolor, ¿dónde estás?

Y prestó atención.

Sí, aquí está. Bueno, ¿y qué? Que siga ahí. Y la muerte... ¿dónde está?

Buscaba su anterior y habitual temor a la muerte y no lo encontraba. ¿Dónde está? ¿Qué muerte? No había temor alguno porque tampoco había muerte.

En lugar de la muerte había luz.

–¡Conque es eso! –dijo de pronto en voz alta–. ¡Qué alegría!

Para él todo esto ocurrió en un solo instante, y el significado de ese instante no se alteró. Para los presentes la agonía continuó durante dos horas más. Algo borbollaba en su pecho, su cuerpo extenuado se crispó bruscamente, luego el borbolleo y el estertor se hicieron menos frecuentes.

–¡Es el fin! –dijo alguien a su lado.

Él oyó estas palabras y las repitió en su alma. Este es el fin de la muerte –se dijo–. La muerte ya no existe. Tomó un sorbo de aire, se detuvo en medio de un suspiro, dio un estirón y murió. (Tolstói, 1969, pp. 80-81)

Oscar Wilde también avisó, pagando con la vida su atrevimiento.

Después de la luna de miel, el duque y la duquesa regresaron a Canterville-Chase, y al día siguiente de su llegada, por la tarde, fueron a dar una vuelta por el cementerio solitario próximo al pinar. Al principio les preocupó mucho lo relativo a la inscripción que debía grabarse sobre la losa fúnebre de Simón, pero concluyeron por decidir que se pondrían simplemente las iniciales del viejo gentilhomme y los versos escritos en la ventana de la biblioteca. La duquesa llevaba unas rosas magníficas, que desparramó sobre la tumba; después de permanecer allí un rato, pasaron por las ruinas del claustro de la antigua abadía. La duquesa se sentó sobre una columna caída, mientras su marido, recostado a sus pies y fumando un cigarrillo, contemplaba sus lindos ojos. De pronto tiró el cigarrillo y, tomándole una mano, le dijo:

–Virginia, una mujer no debe tener secretos con su marido.

–Y no los tengo, querido Cecil.

–Sí los tienes –respondió sonriendo–. No me has dicho nunca lo que sucedió mientras estuviste encerrada con el fantasma.

–Ni se lo he dicho a nadie –replicó gravemente Virginia.

–Ya lo sé; pero bien me lo podrías decir a mí.

–Cecil, te ruego que no me lo preguntes. No puedo realmente decírtelo. ¡Pobre Simón! Le debo mucho. Sí; no te rías, Cecil; le debo mucho realmente. Me hizo ver lo que es la vida, lo que significa la muerte y por qué el amor es más fuerte que la muerte.

El duque se levantó para besar amorosamente a su mujer.

–Puedes guardar tu secreto mientras yo posea tu corazón –dijo a media voz.

–Siempre fue tuyo.

–Y se lo dirás algún día a nuestros hijos, ¿verdad?

Virginia se ruborizó. (Wilde, 2000, p. 53)

Y Katherine Mansfield se atrevió tal vez tanto como Virginia Woolf.

De pronto se encontró en una mísera cocina, de techo bajo, iluminada por un humeante candil. Junto al fuego estaba sentada una mujer.

–Em –dijo la criatura que la había recibido–. ¡Em! Es una señorita. –Y se volvió a Laura, comunicándole intencionadamente–: yo soy su hermana, señorita. Tiene que disculparla, ¿comprende?

–Oh, claro, naturalmente –dijo Laura–. Por favor, por favor, no la moleste. Solo... solo quería dejar...

Pero en aquel instante la mujer sentada junto al fuego se dio media vuelta. Su rostro abotargado, enrojecido, con los ojos y labios hinchados, tenía un aspecto espantoso. Se hubiese dicho que no entendía qué razón había llevado a Laura hasta allí.

¿Qué significaba aquello? ¿Qué hacía aquella extraña en su cocina con una canastilla? ¿Qué era todo aquello? Y el mísero rostro vuelve a sumirse en su abstracción.

–Bueno mujer –dijo la hermana–. Ya le daré yo las gracias a la señorita.

Y volvió a empezar:

–Tiene que perdonarla señorita, ¿comprende, verdad?

Y su rostro, también abotargado, intentó esbozar una untuosa sonrisa.

Laura solo quería salir de allí. Escapar. De nuevo estaban en el pasillo. Se abrió una puerta y entró directamente al aposento donde yacía el muerto.

–Querrá verlo, ¿verdad? –dijo la hermana de Em, y pasó rozando junto a Laura y se acercó a la cama–. No tenga miedo mocita –su voz se había tornado afectuosa y astuta, y retiró cariñosamente la sábana–, ha quedado como un retrato. No se le nota nada. Acérquese guapa.

Laura se aproximó. (Mansfield, s/f)

Herbert George Wells, por fin, anunció la tragedia que llegaría en 1914.

Y nosotros, los hombres que habitamos esta Tierra, debemos ser para ellos tan extraños y poco importantes como lo son los monos y los lémures para el hombre. El intelecto del hombre admite ya que la vida es una lucha incesante, y parece que esta es también la creencia que impera en Marte. Su mundo se halla en el período del enfriamiento, y el nuestro está todavía lleno de vida, pero de una vida que ellos consideran como perteneciente a animales inferiores. Así, pues, su única esperanza de sobrevivir al destino fatal que les amenaza desde varias generaciones atrás reside en llevar la guerra hacia su vecino más próximo. Y antes de juzgarlos con demasiada dureza debemos recordar la destrucción cruel y total que nuestra especie ha causado no sólo entre los animales, como el bisonte y el dodo, sino también entre las razas inferiores. A pesar de su apariencia humana, los tasmanios fueron exterminados por completo en una guerra de extinción llevada a cabo por los inmigrantes europeos durante un lapso que duró escasamente cincuenta años. ¿Es que somos acaso tan

misericordiosos como para quejarnos si los marcianos guerrearan con las mismas intenciones con respecto a nosotros? (Wells, 2000, p. 9)

La Generación del 80 completó el legado de Mitre. Fueron los años de Roca, los del *granero del mundo*, los de Horacio Quiroga.

En efecto, el otro, tras breve hesitación, había avanzado, pero no directamente sobre ellos como antes, sino en línea oblicua y en apariencia errónea, pero que debía llevarlo justo al encuentro de mister Jones. Los perros comprendieron que esta vez todo concluía, porque su patrón continuaba caminando a igual paso como un autómatas, sin darse cuenta de nada. El otro llegaba ya. Los perros hundieron el rabo y corrieron de costado, aullando. Pasó un segundo, y el encuentro se produjo. Mister Jones se detuvo, giró sobre sí mismo y se desplomó. (Quiroga, 2018, p. 76)

Chocaron el pueblo y con la tragedia mundial. Vinieron los años de Hipólito Yrigoyen. Los del *Lunario Sentimental* de ese hombre al que se homenajea como el gran escritor argentino.

Señores: dejadme procurar que esta hora de emoción no sea inútil. Yo quiero arriesgar también algo que cuesta mucho decir en estos tiempos de paradoja libertaria y de fracasada, bien que audaz ideología. Ha sonado otra vez, para bien del mundo, la hora de la espada. Así como ésta hizo lo único enteramente logrado que tenemos hasta ahora, y es la independencia, hará el orden necesario, implantará la jerarquía indispensable que la democracia ha malogrado hasta hoy, fatalmente derivada, porque ésa es su consecuencia natural, hacia la demagogia o el socialismo. Pero sabemos demasiado lo que hicieron el colectivismo y la paz, del Perú de los Incas y la China de los mandarines. Pacifismo, colectivismo, democracia, son sinónimos de la misma vacante que el destino ofrece al jefe predestinado, es decir al hombre que manda por su derecho de mejor, con o sin la ley, porque ésta, como expresión de potencia, confúndese con su voluntad. El pacifismo no es más que el culto del miedo, o una añagaza de la conquista roja, que a su vez lo define como un prejuicio burgués. La gloria y la dignidad son hijas gemelas del riesgo; y en el propio descanso del verdadero varón yergue su oreja el león dormido. (Lugones, 1979, p. 305)

El 16 de setiembre de 1930, Roberto Arlt caminaba por la ciudad de Buenos Aires.

¡La pucha que es jabonera la gente!

En cuanto terminé de engullir un bife a caballo, o de caballo, salí a la rúa y ahí nomás me atajó el restauranero de la media cuadra a pedirme datos:

–¿Así que estalló la revolución?

–Pero ¿usted cree eso? –y salí rajando para tomar un colectivo. Y en la esquina, mientras hacía tiempo, carpetié a unos venerables ancianos que en cabeza se habían venido con los “fijos” para ver si por Rivadavia veían avanzar la revolución. Y me dije:

–Esta gente creará que la revolución, como en carnaval, sale disfrazada vaya a saber de qué...

Son momentos macanudos. Sin grupos. Se viven unos minutos que valen en viento lo que pesan en la historia patria. La gente espera acontecimientos notables con la sonrisa en los labios. Por la noche, el centro, poco después que había corrido la noticia de la declaración de estado de sitio, las calles del centro, digo, estaban llenas de pebetas que cruzaban heroicamente mirando asombradas tanto acumulación de peatones.

Con un doctor en química, el señor Celsi, y el vicepresidente del centro de estudiantes de Farmacia, cruzamos la Plaza de Mayo frente a la Casa Rosada. Habían desaparecido los colectivos; algunos cosacos cruzaban la plaza encima de sus matungos que más querían pastar que cargar sobre el público; y allí había algo así como el vacío que deja una ametralladora al barrer en abanico. La casa de gobierno cerrada como un inquilinato clausurado por la municipalidad porque los techos o las cloacas no están en ordenanza, era el punto de mira de varias zanahorias que decían:

–Ahí adentro están las ametralladoras.

Plantamos y nos metimos por Rivadavia.

No me cansaré de alabar o de admirar la prudencia de los traficantes, de los bolicheros, incluso de los lustrabotas, pues hasta el último reo que la labura de refaccionador tarrero, había clausurado el zaguán, temeroso de una biaba. A la altura de Carlos Pellegrini habían cerrado el tráfico. Reulamos y nos metimos en el Tortoni. Todas las mesas ocupadas. Le dije al químico amigo:

–Vea, este es un café ideal para meter la mula, pues se entra por Avenida y se sale por Rivadavia o viceversa.

Las mesas estaban llenas de tiras que carpetaban un drama imposible. Salimos, y entonces observamos que todos los balcones estaban llenos de gente que esperaban el panorama de un tiroteo barato. (Arlt, s/f)

Erich Maria Remarque nació en Alemania. Peleó en el frente occidental. Se exilió en los Estados Unidos. Se casó con la actriz fetiche de Chaplin. Vivió en el lujo hasta su muerte. La novela que lo hizo famoso contó, tal vez como ninguna otra, el horror.

Se habla en voz baja de una ofensiva, y marchamos a primera línea dos días antes que de costumbre. Pasamos ante una escuela devastada por los obuses. A lo largo se eleva una doble pared, muy alta, de ataúdes claros completamente nuevos, con las tablas sin cepillar. Todavía huelen a resina, a los pinos y al bosque. Son por lo menos cien.

–La ofensiva se ha preparado bien –dice Müller con asombro.

–Son para nosotros –rezonga Detering.

–¡No digas tonterías! –exclama Kat reconviniéndole.

–Date por contento si tienes un ataúd –dice Tjaden con acento irónico–. ¡No vaya a ser que se contenten con cubrir tu cara de muñeco del pimpam pum con un pedazo de lienzo de tienda de campaña!

Los demás también se lanzan bromas, bromas poco agradables; porque ¿qué otra cosa podríamos hacer? Los ataúdes están, en efecto, destinados para nosotros. En estas cosas, la organización es perfecta. (Remarque, 1952, p. 24)

Ernest Hemingway estuvo en todas las guerras y supo transformarse en el personaje que lo trascendió, seguramente ególatra hasta lo insufrible, sin dejar de ser el gran cronista de esas cuatro décadas.

El terreno que mediaba entre el límite de la ciudad y la plaza de toros estaba embarrado. Las vallas de madera del pasillo que levantaba el ruedo estaban llenas de gente, y la multitud ocupaba también las ventanas exteriores de la plaza de toros y la parte alta de los tendidos. Oí el cohete y comprendí que no tenía tiempo suficiente para ver la llegada de los toros a la plaza, así que me apronté entre el gentío para situarme en la empalizada. Entre las dos vallas que formaban el corredor, la policía estaba despejando a la gente que caminaba o trotaba hacia la plaza. Empezaron a llegar los primeros mozos que corrían el encierro. Un borracho resbaló y cayó. Dos policías lo tomaron por debajo de los

brazos y lo dejaron caer al otro lado de la valla. Los mozos seguían llegando, ahora corriendo ya a toda velocidad. La gente comenzó a gritar. Logré meter la cabeza entre dos tablonces y alcancé a ver a los toros que salían a la calle para entrar en el largo pasillo. Iban muy deprisa y estaban ganando terreno a los mozos. En ese preciso momento, otro borracho, utilizando una blusa como capote de toreo, trató de saltar la empalizada para demostrar su destreza taurina. Llegaron dos guardias, uno de ellos lo tomó del cuello de la camisa y el otro le dio un par de golpes de porra; después lo apretaron contra la valla como si estuviera pegado a ella y allí tuvo que quedarse inmóvil hasta que terminaron de pasar los mozos y la manada de toros.

Iba tanta gente corriendo que en el momento de llegar a la puerta de la plaza la multitud se apelonó y tuvo que detener parcialmente su carrera; los toros pasaron jadeantes, galopando juntos, con los costados llenos de barro y agitando los cuernos. Uno escapó hacia delante y enganchó a uno de los hombres que corrían, lo corneó por la espalda y lo lanzó al aire. El hombre tenía los brazos pegados al cuerpo y echó violentamente la cabeza hacia atrás en el momento que en el cuerno se clavaba en su cuerpo; el toro lo levantó en el aire y después lo dejó caer. Después corneó a otro hombre de los que corrían, pero este desapareció de mi vista entre la multitud que atravesaba la puerta de entrada al ruedo perseguida por los toros. Se cerró la puerta roja del recinto y la gente que ocupaba los balconillos exteriores empezó a empujar hacia dentro, se oyó un alarido y después otro.

El hombre que había sido corneado estaba boca abajo sobre el barro pisoteado. La gente trepó la empalizada y ya no pude ver al hombre porque eran muchos los que lo rodeaban. Los gritos procedían del interior del ruedo y cada uno de ellos reflejaba la embestida de un toro contra la multitud. De la intensidad de los gritos podía deducirse la gravedad de lo que estaba ocurriendo. Después se oyó el cohete que indicaba que los toros habían entrado ya a los corrales. Bajé la empalizada y emprendí el camino de vuelta a la ciudad. (Hemingway, 2008, pp. 229-230)

Tal vez la pasión de Sarmiento y José Hernández pueda compararse con la de Borges y Bioy Casares y Leopoldo Marechal.

El primer cascotazo lo acertó, de puro tarro, Tabacman, y le desparramó las encías, y la sangre era un chorro negro. Yo me calenté con la sangre y le arrimé

otro viaje con un cascote que le aplasté una oreja y ya perdí la cuenta de los impactos, porque el bombardeo era masivo. Fue desopilante; el jude se puso de rodillas y miró al cielo y rezó como ausente en su media lengua. Cuando sonaron las campanas de Montserrat se cayó, porque estaba muerto. Nosotros nos desfogamos un rato más, con pedradas que ya no le dolían. Te lo juro, Nelly, pusimos el cadáver hecho una lástima. Luego Morpurgo, para que los muchachos se rieran, me hizo clavar la cortapluma en lo que hacía las veces de cara. (Bioy Casares y Borges, 2004, p. 43)

Templada y riente (como lo son las del otoño en la muy graciosa ciudad de Buenos Aires) resplandecía la mañana de aquel veintiocho de abril: las diez acababan de sonar en los relojes, y a esa hora, despierta y grandilocuente bajo el sol mañanero, la Gran Capital del Sur era una mazorca de hombres que se disputaban a gritos la posesión del día y de la tierra. (Marechal, 2003, p. 7)

Pero ninguno de los tres testimonió mejor la época de los cabecitas negras que el escritor que soñó un manifiesto de rencor contra su clase.

Me pregunto qué hubiera hecho Irene sin el tejido. Uno puede releer un libro, pero cuando un pullover está terminado no se puede repetirlo sin escándalo. Un día encontré el cajón de abajo de la cómoda de alcanfor lleno de pañoletas blancas, verdes, lila. Estaban con naftalina, apiladas como en una mercería; no tuve valor para preguntarle a Irene qué pensaba hacer con ellas. No necesitábamos ganarnos la vida, todos los meses llegaba plata de los campos y el dinero aumentaba. Pero a Irene solamente la entretenía el tejido, mostraba una destreza maravillosa y a mí se me iban las horas viéndole las manos como erizos plateados, agujas yendo y viniendo y una o dos canastillas en el suelo donde se agitaban constantemente los ovillos. Era hermoso. (Cortázar, 2003, p.17)

Latinoamérica reivindicaba en el mundo su propia pluma con el creador de lo real maravilloso:

Había pasado el tiempo de las guirnaldas, las coronas de laurel, el vino en cada casa, la envidia de los canijos, y el favor de las mujeres. Ahora, serían las dianas, el lodo, el pan llovido, la arrogancia de los jefes, la sangre derramada

por error, la gangrena que huele a almíbares infectos. No estaba tan seguro ya de que mi valor acrecería la grandeza y la dicha de los acaenos de largas cabelleras. Un soldado viejo que iba a la guerra por oficio, sin más entusiasmo que el trasquilador de ovejas que camina hacia el establo, andaba contando ya, a quien quisiera escucharlo, que Elena de Esparta vivía muy gustosa en Troya, y que cuando se refocilaba en el lecho de Paris sus estertores de gozo encendían las mejillas de las vírgenes que moraban en el palacio de Príamo. (Carpentier, 1996, p. 41)

Con un mexicano que se le animó a la revolución:

Yo siempre he pensado que en eso de quitarnos la carabina hicieron bien. Por acá resulta peligroso andar armado. Lo matan a uno sin avisarle, viéndolo a toda hora con “la 30” amarrada a las correas. Pero los caballos son otro asunto. De venir a caballo ya hubiéramos probado el agua verde del río, y paseado nuestros estómagos por las calles del pueblo para que se les bajara la comida. Ya lo hubiéramos hecho de tener todos aquellos caballos que teníamos. Pero también nos quitaron los caballos junto con la carabina.

Vuelvo hacia todos lados y miro el llano. Tanta y tamaña tierra para nada. Se le resbalan a uno los ojos al no encontrar cosa que los detenga. Sólo unas cuantas lagartijas salen a asomar la cabeza por encima de sus agujeros, y luego que sienten la tatemala del sol corren a esconderse en la sombrita de una piedra. Pero nosotros, cuando tengamos que trabajar aquí, ¿qué haremos para enfriarnos del sol, eh? Porque a nosotros nos dieron esta costra de tapetate para que la sembráramos. (Rulfo, 1975, pp. 36-37)

Con un uruguayo que se enamoró de Lenin y lo contó en su paisito.

Ahora el viejo estaba allí, junto a Arredondo y junto a mí. Yo tenía una tristeza que excedía el ánimo, una tristeza que también era corporal. Me miraba las manos y éstas también estaban sucias de tristeza. Hasta ese momento yo había oído decir “triste” y el corazón se me había llenado de una oleada romántica, de una agradable melancolía. Pero esto era otra cosa. Me sentía triste y pesado, triste y vacío. La tristeza, ahora que la tocaba, era algo más bien asfixiante, pegajoso, una cosa fría que uno no podía sacarse de la cara, de los pulmones, del estómago. Quizá yo habría deseado para él una vida mejor. Mejor no es

tampoco la palabra. Que su vida hubiera tenido una pasión vitalizadora, un odio estimulante, qué sé yo, algo que le hubiera puesto en los ojos ese mínimo de energía que parece indispensable para sentirse poseedor de una rebanada de verdad.

Nos habíamos tenido afecto, era cierto. ¿Y eso qué? Probablemente no habíamos sabido nada el uno del otro. Una incapacidad de comunicación nos había mantenido a prudente distancia, postergando siempre el intercambio franco, generoso, para el cual, por otras razones, estábamos bien dotados. Ahora él estaba allí, rígido, ni siquiera en paz, ni siquiera definitivamente muerto, y toda consideración era ya inútil, por lo menos tan inútil como puede parecer un brillante alegato cuando ya ha vencido sin remedio la última de las prórrogas. (Benedetti, 2009, pp. 136-137)

Y con el colombiano que se animó a decir “escribir es corregir”.

Sentada en el mecedor de mimbre, con la labor interrumpida en el regazo, Amaranta contemplaba a Aureliano José con el mentón embadurnado de espuma, afilando la navaja barbera en la penca para afeitarse por primera vez. Se sangró las espinillas, se cortó el labio superior tratando de modelarse un bigote de pelusas rubias, y después de todo quedó igual que antes, pero el laborioso proceso le dejó a Amaranta la impresión de que en aquel instante había empezado a envejecer.

–Estás idéntico a Aureliano cuando tenía tu edad –dijo–. Ya eres un hombre.

Lo era desde hacía mucho tiempo, desde el día ya lejano en que Amaranta creyó que aún era un niño y siguió desnudándose en el baño delante de él, como lo había hecho siempre, como se acostumbró a hacerlo desde que Pilar Ternera se lo entregó para que acabara de criarlo. La primera vez que él la vio, lo único que le llamó la atención fue la profunda depresión entre los senos. Era entonces tan inocente que preguntó qué le había pasado, y Amaranta fingió excavar el pecho con la punta de los dedos y contestó: “Me sacaron tajadas y tajadas y tajadas”. Tiempo después, cuando ella se restableció del suicidio de Pietro Crespi y volvió a bañarse con Aureliano José, éste ya no se fijó en la depresión, sino que experimentó un estremecimiento desconocido ante la visión de los senos espléndidos de pezones morados. Siguió examinándola, descubriendo palmo a palmo el milagro de su intimidad, y sintió que su piel se erizaba en la contemplación, como se erizaba la piel de ella al contacto del agua. Desde muy

niño tenía la costumbre de abandonar la hamaca para amanecer en la cama de Amaranta, cuyo contacto tenía la virtud de disipar el miedo a la oscuridad. Pero desde el día en que tuvo conciencia de su desnudez, no era el miedo a la oscuridad lo que lo impulsaba a meterse en su mosquitero, sino el anhelo de sentir la respiración tibia de Amaranta al amanecer. Una madrugada, por la época en que ella rechazó al coronel Gerineldo Márquez, Aureliano José despertó con la sensación de que le faltaba el aire. Sintió los dedos de Amaranta como unos gusanitos calientes y ansiosos que buscaban su vientre. Fingiendo dormir cambió de posición para eliminar toda dificultad, y entonces sintió la mano sin la venda negra buceando como un molusco ciego entre las algas de su ansiedad. Aunque aparentaron ignorar lo que ambos sabían, y lo que cada uno sabía que el otro sabía, desde aquella noche quedaron mancornados por una complicidad inviolable. Aureliano José no podía conciliar el sueño mientras no escuchaba el valse de las doce en el reloj de la sala, y la madura doncella cuya piel empezaba a entristecer no tenía un instante de sosiego mientras no sentía deslizarse en el mosquitero aquel sonámbulo que ella había criado, sin pensar que sería un paliativo para su soledad. Entonces no sólo durmieron juntos, desnudos, intercambiando caricias agotadoras, sino que se perseguían por los rincones de la casa y se encerraban en los dormitorios a cualquier hora, en un permanente estado de exaltación sin alivio. Estuvieron a punto de ser sorprendidos por Úrsula, una tarde en que entró al granero cuando ellos empezaban a besarse. “¿Quieres mucho a tu tía?”, le preguntó ella de un modo inocente a Aureliano José. Él contestó que sí. “Haces bien”, concluyó Úrsula, y acabó de medir la harina para el pan y regresó a la cocina. Aquel episodio sacó a Amaranta del delirio. Se dio cuenta de que había llegado demasiado lejos, de que ya no estaba jugando a los besitos con un niño, sino chapaleando en una pasión otoñal, peligrosa y sin porvenir, y la cortó de un tajo. Aureliano José, que entonces terminaba su adiestramiento militar, acabó por admitir la realidad y se fue a dormir al cuartel. Los sábados iba con los soldados a la tienda de Catarino. Se consolaba de su abrupta soledad, de su adolescencia prematura, con mujeres olorosas a flores muertas que él idealizaba en las tinieblas y las convertía en Amaranta mediante ansiosos esfuerzos de imaginación. (García Márquez, 1998, pp. 127-128)

Abelardo Castillo y Liliana Heker escribieron lo prohibido por la *Libertadora*.

Ese que va ahí, alto entre los diez que acaban de entrar en el regimiento saltando las alambradas que dan al Tapalqué, contento y con ganas de gritar viva Perón en medio de la noche, vestido con una garibaldina militar reglamentaria verde oliva pero en zapatillas de sogá y con una zapa o un pico de mango corto sujeto al cinturón, no es soldado: es Anselmo, carretillero de las canteras de Piedra Negra. Anselmo Iglesias, el más chico de los dos últimos Iglesias. El otro, Martín, viene corriendo solo por la mitad del campo, lejos: Anselmo no lo sabe. Ni sabe que, cuando lleguen a la Plaza de Armas, los van a matar a todos. (Castillo, 2003, p. 37)

–Esperate –dijo la señorita Cristina–. Esperate, que tu nombre es el único que falta.

–Eustaquio Fernández– dijo el chico.

La señorita Cristina escribió en el registro: Eustaquio Fernández. Los contó. Diecisiete. Después iba a levantar los ojos y mirarlo al muchacho. Entonces iba a saber Fabio Santana cómo la señorita Cristina sabe mirar lindo cuando quiere: con ternura; como allá, hace mucho, en los bailes del pueblo.

En el aula, hablando a gritos, mostrándose los cuadernos, tirándose del pelo, riéndose, había dieciséis mocosos alborotadores.

La señorita Cristina se quedó un momento contemplándolos y después fue hasta la puerta. Lejos, en el campo, se iba yendo el carretón. No para el lado del almacén; no para las vías. Para el otro lado. La señorita Cristina no supo por qué. Pero le pareció que Fabio Santana, parado tan solo en mitad del carro, debía estar silbando. (Heker, 1991, p. 34)

Y Rodolfo Walsh escribió el gran cuento argentino.

–Lo mío es distinto –dice–. Me la tienen jurada.

Se para, da una vuelta alrededor de la mesa.

–Creen que yo tengo la culpa. Esos roñosos no saben lo que yo hice por ellos. Pero algún día se va a escribir la historia. A lo mejor la va a escribir usted.

–Me gustaría.

–Y yo voy a quedar limpio, yo voy a quedar bien. No es que me importe quedar bien con esos roñosos, pero sí ante la historia, ¿comprende?

–Ojalá dependa de mí, coronel.

–Anduvieron rondando. Una noche, uno se animó. Dejó la bomba en el palier y salió corriendo.

Mete la mano en una vitrina, saca una figurita de porcelana policromada, una pastora con un cesto de flores.

–Mire.

A la pastora le falta un bracito. (Walsh, 2005, p. 17)

Que un brasilero de Bahía, a través de una novela de 1937, se conecte con un cineasta Lituano de la escuela experimental norteamericana de los cincuenta para describir los sesenta continentales, habla de la amplitud y la profundidad de lo que se llamó “contracultura”.

Años después, los periódicos clasistas, pequeños periódicos en su mayoría sin existencia legal e impresos en tipografías clandestinas, periódicos que circulaban en las fábricas pasados de mano en mano, y que se leían a la luz de los faroles, publicaban continuamente noticias acerca del camarada Pedro Bala, un militante proletario perseguido por la policía de cinco estados como organizador de huelgas, dirigente de partidos ilegales, y peligroso enemigo del orden establecido. (Amado, 2004, p. 278)

¿No es Elvis Presley una especie de santo, al demostrar lo absurda que era la generación de sus padres mediante la exageración de sus ideales, comprando dos, tres, cuatro coches? Los ideales y verdades de nuestros padres se vuelven falsos y mentirosos cuando se les echa luz: no son más que un vómito podrido, maligno y amarillento.

Si sirve para destronar la falsedad y la podredumbre, para acabar con la moral y con este estilo de vida repulsivo, seamos, pues, iracundos, seamos beat, seamos perversos. Hoy en día es más honesto estar confundido que estar seguro (mientras sea tiempo de destronar). Es más honesto destruir que construir (no existe aún un espacio limpio sobre el cual hacerlo). Es más honesto ser un delincuente (juvenil) que aprender a aceptar un modo de vida basado en la mentira, el vómito y la basura.

Sagrados son los pensamientos y hechos delictivos, la insubordinación; la falta de respeto y el odio hacia su estilo de vida, sus filosofías, hacia toda forma de trabajo (que perpetúa la basura); sagrados son el beat y el Zen, la ira y la perversión.

Permitámonos, pues, negar y destruir; quizás así algunos de nosotros podamos reencontrar y preservar (hasta que vuelvan a ser necesarias) la verdad de la vida, la espontaneidad, la alegría, la libertad, el júbilo, el alma, el cielo y el infierno. Liberémonos en nombre de la perversión, convirtámonos en James Deans y Presleys y Parkers y Osbornes, De Koonings, Kerouacs, Bernard Shaws, Millers, Genets, Villons, Rimbauds... Aprendamos la dinámica de la sagrada perversión, no seamos basura en la normalidad del siglo XX.

Así escupo sobre la generación que me produjo, y es el escupitajo más sagrado de mi generación. (*Geografía Virtual*, 2019)

En la Argentina, Sui Géneris convertía el rock en un lenguaje generacional.

Yo detesto a la gente que tiene el poder
de explicar lo que es bueno y lo malo también.
Sólo el pueblo, mi amigo, es capaz de entender.
Los censores de ideas temblarán de horror
ante el hombre libre a la luz del sol. (Sui Generis, 1974)

Después llegó el terror.

Para Pablo era un estallido, una bomba, o, también, el tamborileo de una serpiente de cascabel (a Pablo le aterrorizaban las serpientes). Solía provenir de la planta baja. Casi siempre el primer ascensor de la noche arrancaba desde ahí. La tortura duraba más. La tortura radicaba, también aquí, en la espera. La tortura era esperar que el ascensor detuviera su marcha. O que no la detuviera. Si se detenía en el primero o segundo piso, la tortura era breve. Si se detenía en el tercero o cuarto, era mayor. Por cada piso que el ascensor subía también subía el miedo. Crecía la angustia, que le quemaba, que le ardía en lo alto del pecho, casi en la garganta, ahogándolo. Por hondo que respirara jamás lograba llenar sus pulmones. Eso era el miedo, eso era la angustia, eso era el terror: respirar hasta el límite, hasta no poder más y no conseguir el aire para sosegar el ahogo, para calmar ese fuego en el pecho, para llevar aire a los pulmones castigados. Si el ascensor pasaba del cuarto piso, el miedo, aún más, se ahondaba, porque el miedo viajaba en ese ascensor, el miedo y la vejación, y la tortura y la muerte. De pronto, el ascensor se detenía. Y con él se detenía el miedo. (Feinmann, 2000, p. 58)

La guerra.

Llamaban helados a los muertos. Al empezar, las patrullas los llevaban hasta la enfermería del hospital del pueblo; después se acostumbraron a dejarlos. Iban por las líneas, desarmados, llevando una bandera blanca con cruz roja, cargando fríos. Fríos eran los que se habían herido o fracturado un hueso y casi siempre se les congelaba una mano o un pie. A éstos los llevaban a la enfermería, y si había jeeps y gente apta los llevaban después a la enfermería de la pajarrera, donde bajaban los aviones a buscar más heridos y a traer refuerzos de gente, remedios y lujos para los oficiales. Para llegar hasta la pajarrera había que cruzar el campo donde siempre pegaban los cohetes: se veía desde lejos un avión solitario que parecía quedarse quieto en el aire, después se lo veía girar y volverse para el lado del norte, y enseguida llegaban uno o dos cohetes que había disparado. Pegaban en el campo echando humo, hacían una pelota de fuego y después una explosión que trepidaba todo y el aire se enturbiaba con un ácido que ardía en la cara. ¿Quién iba a querer cruzar el campo para llevar heridos? (Fowill, 1982, p. 21)

Y los que se habían ido volvieron a un país distinto.

Una de las cosas por las que vale la pena volver a la Argentina, además de la familia y los amigos, es la sensación térmica. En Europa, no se consigue. Allí seis grados son siempre seis grados. No hay creatividad. Carecen de magia.

Le pregunto al chofer si sabe dónde andan las mafias a las que se refiere el ministro y hace un gesto con el dedo apuntando hacia arriba.

Después mira por el espejo a ver si tengo pinta de ser uno de ellos, pero enseguida lo descarta. No llevo anillos de oro ni corbata de seda. No sabe la recesión que hay, me dice, y se le cae la baba pensando que los coches están a mitad de precio mientras él maneja ese Falcon que le deja los riñones deshechos. (Soriano, 2003)

En el mundo, veinte años después, quedaban jóvenes que seguían eligiendo aquel lenguaje, y hasta alguno también elegía destino para alimentar la leyenda de los monstruos del rock que murieron a los veintisiete.

Carga las pistolas y trae a tus amigos

Es divertido perder y pretender
Ella está demasiado aburrida y segura
Oh no, yo sé una palabra sucia.

Hola, hola, hola, ¿estás deprimido?
Hola, hola, hola, ¿estás deprimido?
Hola, hola, hola, ¿estás deprimido?
Hola, hola, hola.

Con la luz fuera, es menos peligroso
Aquí estamos ahora, entretenos
Me siento estúpido y contagioso
Aquí estamos ahora, entretenos. (Nirvana, 1991)

En la Argentina, veinte años de democracia se reunían un 20 de diciembre y recordaban la Semana Santa de 1986.

Miedo, miedo, miedo. Lisa y llanamente miedo. Miedo por la democracia argentina, miedo por la libertad. Lo dice y baja la vista. Las manos le tiemblan. Bajo la chomba verde oliva, se escurre un rosario que es negro. Se diría que quiere refrendar los argumentos que se esgrimen. Un sendero de ebúrneos sube hacia el cuello, vale decir hacia la piel. Tocan el cuello, tocan la nuca, la curva segura de los músculos preparados. El pelo tan corto promete ligereza, pero incluso así cuando los hombros se reúnen hacen las veces de pedestal. En el conjunto hay por lo tanto un veredicto de aplomo y de solvencia. Me digo vagamente, conjeturo vagamente, que un militar como este que habla, y que por lo pronto usa anteojos de montura plateada, tiene que oler por ejemplo a loción masculina para después de afeitarse. (Kohan, 2009)

Los noventa.

Desde el primer momento en que lo conocí, quedé impresionado por su inteligencia, que no respondía al concepto clasista y culterano que se tiene de la misma por parte de una intelectualidad imbuida de prejuicios enamorados de lo extranjero y enajenados de lo nacional. Su inteligencia es fiel a la etimología, del latín *intelligentia*: “capacidad de entender”. Y si hay algo que Carlos Menem

ha demostrado es su talento para comprender a las personas en sus vibraciones más íntimas, pero también a la política nacional e internacional, no sólo en la caleidoscopia de su presente, sino más aún en la prospectiva de su futuro. Como veremos, Menem ha sido, en muchos sentidos, un visionario. (O'Donnell, 1999, p. 9)

Y sus consecuencias.

Los faroles sol de noche despedían una luz tibia y circular y, tocado por esa luz, Lucas dijo que no tenía un puto centavo para comprar una lata de cerveza, una botella de cerveza, grande, panzona, de un litro, y fría. Y un porro. Esperá ahí, dijo Daiana. Y Lucas supo que debía esperar a que Daiana le dijera que podía moverse, que no esperara más, que fuera donde ella le dijo que fuese. Lucas no pensó por qué Daiana había desaparecido del círculo de luz tibia y, antes de desaparecer del círculo de luz tibia, le había dicho que esperara ahí. Y Lucas la esperaba, sentado ahí, las piernas cruzadas, la cabeza gacha, la campera de colores chillones sobre su espalda flaca y sus brazos largos. Daiana le dijo que esperara. Y Lucas esperó, los ojos fijos en sus zapatillas Nike, y en un triángulo breve y opaco que la luz de los faroles dibujaba sobre las Nike. Daiana volvió y tiró, entre las piernas cruzadas de Lucas, un billete de veinte pesos. —¿Te alcanza? (Rivera, 2004, p. 29)

El Norte temblaba un 11 de setiembre.

Ese día perdieron la vida varios miles de personas y para vengarlas se llevó a cabo una guerra en Afganistán. Sin embargo, los acontecimientos siguen rodeados de misterio. Su descripción está llena de hechos extraños, incertidumbres y contradicciones. A pesar de la desazón que inspiran, la opinión pública se ha conformado con la versión oficial, dando por supuesto que los imperativos de seguridad nacional no permiten a las autoridades estadounidenses contar todo. Esta versión oficial no se sostiene con un análisis crítico. Vamos a demostrar que se trata sólo de un montaje. En algunos casos, los elementos que hemos recogido permiten restablecer la verdad. En otros, nuestras preguntas aún siguen sin respuesta, lo que no es una razón para seguir creyendo las mentiras de las autoridades. En cualquier caso, el material que hemos elaborado permite desde ahora poner en duda la legitimidad de la

respuesta norteamericana en Afganistán y de la guerra contra el Eje del Mal. (Meysan, 2002)

El Sur vivió una pausa después del temblor.

Al lado hay, además de miles de personas, alguien que escucha la radio. Dice que Cristina está ahí. Como llevamos más de cinco horas de cola no sabemos qué pasa adentro ni en ningún lado. Tampoco que esa cola al día siguiente será noticia. “Espacio espacio espacio” grita uno que vino con tres hijas. Muchas mujeres. Las más divertidas son un grupo de amigas de La Plata, empleadas administrativas. Cada vez que se pierde una del resto, la gente canta “que la dejen pasar”. Sorprende que se hayan bancado todo esto las más grandes pero sorprende también que estén impecables. Mi hermano me señala hacia un costado y vemos a la anciana de ochenta con las flores envueltas en celofán. Alguien dice: “cantemos para que la dejen pasar”. La señora no quiere privilegios. Si llegó hasta acá, es para entrar con todos. (Ludueña, 2010)

Y ahora está viviendo la vuelta a lo de siempre.

De modo complementario, la transformación del macrismo en una fuerza capaz de expresar los valores del hombre común fue posible por el contraste con el kirchnerismo, en particular con el liderazgo de Cristina, que en la campaña electoral de 2017 intentó un “giro gentista” hacia un estilo más empático, que incluyó el contacto directo con los votantes, entrevistas televisivas y una imagen más serena, pero que al final no puede con su propia personalidad y termina recuperando su perfil de siempre. Frente a los largos discursos cargados de números, ideas abstractas y desarrollos complejos, densos y conceptuales, típicos de la ex presidente, Macri ha hecho de su austeridad retórica casi una virtud. Prefiere las intervenciones cortas, con pocas estadísticas, escasas referencias históricas y ninguna cita de autoridad, y utiliza en general el formato “360”, un orador ubicado en el centro de un círculo de personas sentadas a su nivel, sin barreras de por medio. (Natanson, 2017)

Isaac Asimov imaginó el futuro de un planeta sin naciones en el que los valores humanos trascendentes adquieran un carácter universal.

La doctora Calvin se levantó y se alisó la falda. Evidentemente, se disponía a marcharse.

–Quiero decir que hay un solo caso en el que un robot puede pegar a un ser humano sin quebrantar la primera Ley. Solo uno.

–¿Y es...?

Susan Calvin estaba en la puerta. Pausadamente dijo:

–Cuando el ser humano a quien debe pegar es a otro robot.

Su rostro se iluminó con una ancha sonrisa.

–Adiós, señor Byerley. Espero votar por usted dentro de cinco años... para coordinador.

–Tengo que responder que me parece una idea un poco remota... –dijo él, mientras la puerta se cerraba detrás de Susan Calvin. (Asimov, 1984, pp. 192-193)

Ojalá. Ojalá los sueños de este bioquímico ruso que eligió Boston como hogar encuentren un buen lugar en esta tierra y no se pierdan en el cielo como el asteroide 5020 que lleva su nombre.

En 1982, *Clarín* publicó por primera vez el poema “Milonga de un soldado” en su suplemento “Cultura y Nación”. En 1983, Sandra Mihanovich lo incluyó como tema número 11 en su álbum *Hagamos el amor*, pero esta vez como “Milonga del muerto”. En su sitio web, aunque continúa con ese título, puede leerse en una nota: “Quiero dedicar la ‘Milonga de un soldado’ a un hermoso amigo mío, quien un día de enero me leyó un poema de Jorge Luis Borges”. Más abajo agrega: “Este mismo disco tuvo una Versión #2: se quitaron por problemas de derechos de autor los temas: ‘A vos ciudad’ y ‘Milonga de un soldado’”. Por fin, en 1985, Alianza publicó *Los conjurados*, el último libro de Borges. Incluye “Milonga del muerto”. Dice:

Lo he soñado en esta casa
entre paredes y puertas.
Dios les permite a los hombres
soñar cosas que son ciertas.

Lo he soñado mar afuera
en unas islas glaciales.

Que nos digan los demás
la tumba y los hospitales.

Una de tantas provincias
del interior fue su tierra.
(No conviene que se sepa
que muere gente en la guerra).

Lo sacaron del cuartel,
le pusieron en las manos
las armas y lo mandaron
a morir con sus hermanos.

Se obró con suma prudencia,
se habló de un modo prolijo.
Les entregaron a un tiempo
el rifle y el crucifijo.

Oyó las vanas arengas
de los vanos generales,
vio lo que nunca había visto
la sangre en los arenales.

Oyó vivas y oyó mueras,
oyó el clamor de la gente.
El sólo quería saber
si era o si no era valiente.

Lo supo en aquel momento
en que le entraba la herida.
Se dijo “No tuve miedo”
cuando lo dejó la vida.

Su muerte fue una secreta
victoria. Nadie se asombre
de que me dé envidia y pena
el destino de aquel hombre.

Ricardo Piglia explicaba que, a partir de la aceleración de su ceguera, Borges descubrió que reuniendo las características de joven *dandy* multilingüe (ciudadano del mundo, de raíces patricias y militares en el país de Roca, simpatizante de la Unión Soviética y el yrigoyenismo, hombre maduro conservador, pionero de la crítica literaria, misógino, antiperonista furioso y militante, funcionario de la dictadura de Aramburu, que dictaba sus clases en inglés, sensible a la erudición hasta el abuso y a la vez crítico de ese abuso, fascinado por lo urbano y el coraje) con las de escritor extraordinario creaba un personaje que perfeccionó y utilizó para amplificar su visión y su literatura. El 19 de mayo de 1976 formó parte de una reunión que organizó Jorge Rafael Videla con intelectuales que dieron su aval al golpe de Estado. Con sus 77 años, se prestó para la foto. Después gestualizó alguna distancia con las políticas de la dictadura, dejó aquella desafortunada frase sobre la guerra “dos pelados peleándose por un peine”, y el 14 de junio de 1986 murió.

No está claro cómo la “Milonga del muerto” se transformó en la “Milonga del soldado”. Sí, que Sandra Mihanovich la popularizó, y que los años la volvieron un canto a la mejor memoria cada 2 de abril. Aunque es obvio que el poema no habla de Malvinas. Aunque a los únicos versos de la segunda estrofa que parecen referirse a la guerra (“Lo he soñado mar afuera, en unas islas glaciales”) con esa elementalidad metafórica irritante se los perciba mal injertados. Y aunque a *Los conjurados* también se lo perciba forzado en la obra de Borges. Valga la intención generosa, si la hubo, y si sirvió para suavizar las miserias del hombre viejo en que mutó el escritor extraordinario, para entregar unas líneas finales que intentaron desmentir algunas cosas, relajar otras, y disimular muchas.

Escritura

En 2011, la Universidad Nacional de las Artes (UNA) lanzó su Licenciatura en Artes de la Escritura. Así, estableció especificidad tanto en objetos de la lengua (narrativa, poesía) como en sus versiones interdisciplinarias (dramaturgia, narrativa audiovisual). Pero este recorte aisló una pequeña zona del complejo campo laboral donde la escritura es esencial. Cedió su vastedad a los licenciados en Comunicación.

La encuesta de la Dirección de Grado de la Facultad de Periodismo de la Universidad Nacional de La Plata precisó que el 89% de sus cerca de setecientos graduados de 2015 a 2017 están ocupados y recibiendo salario, pero también que, de estos, más del 80% se desempeña en una o más zonas del campo laboral de la comunicación, lo que además contribuye a caracterizarlo.

El estudio permite identificar seis espacios claros que se desprenden del periodismo: los tradicionales periodismo gráfico, audiovisual y radiofónico; el emergente periodismo digital; el periodismo deportivo como fuente laboral distinguible, y la edición de textos (no sólo periodísticos) como zona especializada.

Del Profesorado en Comunicación y la Planificación, otros ocho: la docencia universitaria y la secundaria (es notable el crecimiento de los profesores comunicadores en el nivel medio, aun en los tres últimos años, cuando las incumbencias son un problema en algunos distritos); las comunicaciones pública, privada y digital (de una importancia y complejidad notables), y la comunicación política. Completan el cuadro la publicidad y la gestión de Estado (no solo en comunicación). La Facultad, fiel a su tradición de creatividad y audacia, está en condiciones de desarrollarlas como ámbitos formativos.

La gestión en comunicación y cultura y la comunicación popular aparecen como nichos de crecimiento potencial.

Luis Rivera es licenciado en Comunicación Social, docente universitario y periodista gráfico.³

³ Las siguientes son entrevistas realizadas para esta tesis.

La escritura entendida como tal, es decir, la construcción de estructuras gramaticales, requiere para la gráfica un ejercicio constante pero además indispensable, porque la gráfica ha perdido, en detrimento de las nuevas tecnologías, un espacio donde antes era dominante.

Vos en la gráfica tenías como el abc del periodismo. Cuando me inicié en el periodismo, ¿qué se decía en las redacciones? Si sos un buen escriba vas a ser un buen periodista. Eso con las tecnologías se perdió, porque hoy estamos en la era de la inmediatez. Y también para los textos periodísticos, donde hay menos cuidado por lo que se dice, hay menos construcción de lo que se dice, es todo más lineal y más instantáneo. Yo lo llamo la cultura del *Twitter*. Es como si todo se resumiera en dos frases, 140 caracteres donde no importa la sintaxis, no importa nada, y donde tenés contenido en tres o cuatro palabras donde argumentás de alguna manera en un hilo que muchas veces no está claro. ¿Eso es construcción de periodismo gráfico? Me permito ponerlo por lo menos en discusión, por no decir que no.

La gráfica hoy tiene el gran desafío de asumir cuál es el rol que le va a tocar. Va inevitablemente hacia una cuestión más reflexiva, más de contenido, y no tanto informativa. Porque claramente la tecnología ganó la batalla y la va a seguir ganando en función de que todo lo que se inventa en términos comunicacionales es cada vez más efímero, cada vez más corto, cada vez más impactante y de menos trascendencia en el análisis. Entonces, me parece que la comunicación gráfica va a tener que dar esa pelea.

Un entrevistado hace poco me decía que probablemente la gráfica vaya hacia un periodismo de nicho, o hacia una cultura de nicho, reservada sólo a aquellos que tengan voluntad de leer. Y me parece que esa es una batalla que habría que afrontar, porque quizás allí está la supervivencia del espíritu gráfico.

Cuando hablo de lo gráfico no hablo sólo de la inmediatez de la noticia, es decir, esto de pensar: escribo para comunicar, escribo para informar. Hoy por ahí tal vez tengo que escribir para reflexionar, escribir para producir contenidos, para generar ideas, para imponer, para debatir, para contrarrestar lo que se presenta como hegemónico. Y ahí me parece que la gráfica está perdiendo la batalla, porque se ha metido en una pelea por la supervivencia dentro del mundo comunicacional que la pone siempre en desventaja.

Y la crisis es dónde ejercer ese periodismo. Yo tengo esta vocación de construir otra cosa, recuperar los viejos modelos periodísticos *aggiornados* a los tiempos que vivimos, y la pregunta es dónde lo hago.

Macarena Deluca es licenciada en Comunicación Social, docente universitaria y documentalista.

La escritura forma parte de lo audiovisual. Porque hay que planificar, y se escribe el guión, el proyecto, el plan de rodaje, el cuestionario de preguntas, la parte creativa, la estética y la artística. En todo hay escritura.

El uso de las palabras, o entender la dimensión de cada palabra, se ve en todo lo audiovisual. Al escribir una escena y precisar cómo tiene que ser, cómo se va a iluminar, qué clima buscás para una entrevista, por ejemplo, cada palabra que se escriba es la que va a orientar a todos los que forman parte de ese proyecto. No es lo mismo una palabra que otra, es muy específico y se nota en el final.

En comunicación institucional, si tenés que hacer un contenido audiovisual para un medio donde, por ejemplo, tenés que filmar en un lugar y hay que ir a tal pueblo donde producen tal cosa, una de las cosas principales al momento de armar el proyecto, para que estén en tono el camarógrafo, el técnico, el entrevistador y los integrantes del equipo, es la empatía que tenés que lograr con el entrevistado, para que haga, junto con la iluminación, el lugar, la historia, para una sinfonía perfecta. No podés tener una luz fría si estás hablando de un tema que es más profundo. A eso voy con los climas.

Para eso, lo primero que se hace es escribirlo. Creás una imagen de cómo tiene que ser y esa imagen la tenés que poder describir y la tienen que poder entender todos.

Para un proyecto de contenido audiovisual, en el marco de una propuesta de comunicación institucional, primero se define el tema, por ejemplo, la reconversión vitivinícola vitícola. Se establece el grupo poblacional, zona, presupuesto que se definió para ese proyecto. Y cómo utilizarlo. Entonces se planea en tres partes. Primero, tenés una mínima historia de vida, todo esto es muy breve, porque los contenidos ahora son de entre cuarenta segundos y un minuto. Lo cual siempre va a ser más complicado que bajarlo en quince minutos. Entonces, vos en cuarenta segundos tenés inicio, nudo y desenlace. Tiene que tener un buen inicio, un buen nudo y un buen final. Y la manera de lograr que eso esté bien va a tener que ver necesariamente con una relación con el entrevistado que puedas establecer casi automáticamente. Y la escritura en todo este proceso es importante, porque desde el planteo del tema, la planificación y el guión, todo se escribe.

En comunicación institucional hay que abordar los aspectos positivos, no trabajás con lo negativo.

Los contenidos que se producen antes se publicaban por televisión y ahora todo en redes sociales. Circulan así, es una salida muy rápida.

Rocío López es profesora y licenciada en Comunicación Social, docente universitaria, redactora, productora y locutora de radio.

En el móvil hacés un poco de todo, tenés la coyuntura, la agenda de actualidad y también algunas cosas de cultura o más de color.

En la radio los periodistas que están en la calle, además de salir en vivo, hacen los informes que salen grabados en el informativo. Estos se producen desde la calle y se llama por teléfono al informativo para que graben.

El informe tiene que durar un minuto veinte y en ese tiempo hay que sintetizar, sin repetir palabras, la noticia, y con treinta o cuarenta segundos de un audio.

Esta práctica implica que tenés que tener la capacidad de sintetizar la noticia, cuál es el título, no repetir ni palabras ni lo que dice el entrevistado, y tener vocabulario. Eso, si no tenés una buena base de lectura y escritura...

Teniendo en cuenta estas cuestiones es que escribo previamente esos informes para el boletín informativo de la radio. El locutor en piso lee el título y después se empieza a desarrollar el informe por teléfono desde la calle.

Durante mucho tiempo, antes de salir a la calle redactaba en el informativo, redactaba las noticias, eso también lleva escritura.

En la radio no se improvisa nada.

La lucha por la palabra, por el sentido, es constante.

Alcira Martínez es licenciada en Comunicación Social, docente universitaria y secretaria de redacción del diario *Contexto*, periódico de formato digital.

La escritura es el punto fundamental para cualquier modo de hacer periodismo, lo sostengo, eso fue así desde el origen del periodismo hasta ahora. Con la escritura se tiene facilitada toda la herramienta que es comunicacional. Si escribís de una determinada manera, sabés comunicar eso de una mejor manera. Cuanto mejor escribís, mejor comunicás. Porque es tener la capacidad de explicar de manera sintética y con la palabra precisa en cualquiera de los lenguajes, puede ser el audiovisual, el radiofónico, el periodismo digital.

El tema que se da en el periodismo digital es la combinación de todos los formatos, de todos los lenguajes. El lenguaje audiovisual, el lenguaje radiofónico y el lenguaje de lo que era el clásico periodismo gráfico tienen que estar plasmados en una misma plataforma. Si eso no sucede, lo que se tiene es una escritura que está pensada para papel y que no acompaña lo que está pasando hoy con la comunicación digital, que es la fragmentación del discurso.

Esto es, primero el título ganchero, el primer párrafo y un video que te muestra lo que te va a contar la nota. Si después querés profundizar en qué contexto se dio esa nota, por qué le hicieron esa entrevista a esa persona, bueno, ahí hay que leer la nota.

Si bien hay que batallar porque ese discurso escritural siga apareciendo en las plataformas digitales, también hay que acompañarlo de un proyecto audiovisual, sino si es verdad se te caen los lectores.

Además, tenés que generar un público que antes no tenías.

Andrés López es licenciado en Comunicación Social, docente universitario y director de la Tecnicatura Universitaria Superior en Periodismo Deportivo de la Facultad de Periodismo.

El gran desafío en la carrera de Periodismo Deportivo es centralmente cómo introducir a los estudiantes al mundo de la lectoescritura. Porque ellos leen y escriben mucho más que hasta hace muy poco. Con los teléfonos y las tecnologías están permanentemente en contacto con la escritura y la lectura de una forma diferente a como lo hacíamos nosotros. El desafío es que sean conscientes, y no lo son; leen y escriben para hacer todo, y sin embargo te dicen que no leen ni escriben. El desafío entonces es que adviertan y asuman esas prácticas, que las tomen como propias.

Hay algo de la especificidad de quien se dedica al deporte y es que lee sobre eso y consume información permanentemente. Los pibes no toman eso como parte del estudio, y a veces cuesta que lo expresen en un práctico.

Muchas veces lo que sucede es que sus propias prácticas de lectoescritura con el chat o el *WhatsApp* no son rigurosas. Pero nuestra función es enseñárselo. Ahora el punto es cómo hacer para que eso no se transforme para los pibes en algo aburrido.

Centralmente, hay algo mucho más que la escritura; la puerta de entrada debe ser la lectura. Y el gran desafío es cómo motivarlos a eso, cómo hacemos para

que lean y no odien lo que están leyendo. Si les proponés leer “El penal más largo del mundo”, de Soriano, y les pedís que transformen eso en una nota periodística de veinte o treinta líneas, los ponés a pensar. Normalmente lo primero que ocurre es que, de treinta que hay en el aula, veinte no pusieron como salió el partido, y ahí los ponés en tensión: una cosa es un cuento y otra cosa el periodismo.

María Eugenia López es poeta, docente universitaria y editora profesional.

Editar es, para empezar, ver al autor desnudo, es de una gran intimidad el trabajo de corrección. Porque vos en el texto ves las dudas del autor, las repeticiones. Ves todo el movimiento.

Ves cómo escribe, no si escribe bien o mal, sino cómo construye el texto.

Ves cómo ve el mundo, cómo piensa las cosas. Y entonces empieza una relación con alguien que no sabe que la estás entablando...

Como en todo, lo que maneja la superficie es lo profundo, lo que no se ve. Para vos saber si estás escribiendo bien, tenés que saber cuáles son las normas internas de la escritura, incluso las que se rompen. La estructura profunda de la frase. Hay que saber dónde están las huellas de lo que se movió, aunque lo muevas y lo destruyas después, pero saber qué es lo que hiciste.

Lo digo también con la formación de poesía: la poesía es romper todo el tiempo el lenguaje. Para romper, primero tenés que saber de la estructura de la que te estás saliendo.

Quienes quieran escribir, que lean. Para escribir es necesario también leer. Se nota cuando alguien no lee, porque lo que termina haciendo es hablando de sí directa o indirectamente.

Hay que preguntarse qué le importa al otro lo que estás contando. ¿Le importa a alguien o sólo te importa a vos? Si no le importa a nadie, listo, guardalo.

También imitar, bueno, imiten para después abandonarlo. Porque está lleno de gente que se queda en la imitación.

Corregir el texto, corregir, corregir, corregir y trabajar hasta que salga. Corregir para vos ver lo que estás haciendo. En este campo laboral, es corregir hasta que cierre. Y una vez que está escrito, abandonar la idea de autoría, porque cuando pasa al editor, tu texto es del editor, porque es el que sabe, como cuando pasa a diseño es del diseñador.

Marina Arias es licenciada en Comunicación Social, docente universitaria y escritora.

La escritura es performativa. Hay sentidos que aparecen en el momento de la escritura que no son previos. Hay algo que se crea en ese momento, que no se puede planificar de antemano y en ese sentido es importante que ocurra, que acontezca el acto de escribir. Que no sea solamente planificar. Escribir es pensar, además. La manera de encontrar los argumentos, las razones, de descifrar la realidad, para mí es escribiendo.

Es la forma de poner en orden los pensamientos. Las cosas que uno tiene dando vueltas. Las fichas caen cuando uno se sienta a escribir.

La intervención de uno en la escritura del otro tiene que ser súper cuidadosa, y tiene que brindar las herramientas para que justamente la escritura le sirva para pensar mejor el mundo, para decidir mejor, para escribir lo que sea. Una noticia, un ensayo, para escribir una propaganda, una carta al diario, para escribir una publicación en *Facebook*. Pero en ese sentido hay algo del orden de la capacidad de reflexión que está dado por la escritura.

La herramienta que vos le das a un pibe al que le enseñás a escribir no hay manera de que la consiga de otro modo. Le das como una diferencia muy importante en la capacidad de desempeñarse en el mundo.

Hay que poner en discusión las metáforas mecanicistas que tenemos incorporadas en relación a la herramienta, la escritura como una herramienta. Se dice que enseñar a escribir es dar una herramienta y no, en realidad es ayudar a que ese sujeto se trame como posibilidad de pensamiento y acción.

Gladys Manccini es licenciada en Comunicación Social, docente universitaria y de secundaria.

Los nuevos diseños hablan de no enseñar modelos de escritura o estructuras. Plantean que se debería aprender la norma de la lengua escrita, la gramática, no como se hacía antes a través de un dictado o análisis de oraciones, sino en contexto, leer un texto y así visualizar.

Ahora lo que está pasando es que los pibes tienen una distancia enorme entre lo que es la escritura de lo que deben producir en la escuela o en el marco de una materia, y cómo viven ellos la escritura en lo cotidiano. Ante eso, que es una situación a abordar, hay dos cuestiones que se enfrentan y que es su realidad, el

mundo cultural en el que ellos están inmersos, con el mundo que les propone la escuela. Ambos mundos están divorciados absolutamente.

Hay que articular la línea de escritura en la escuela, pensar la continuidad en el ciclo superior, tomar la formación en la escuela secundaria como un bloque que empieza en primero y termina en sexto. Debe haber necesariamente una articulación.

Lo que está pasando es que los pibes usan la palabra o la escritura para comunicarse con los amigos, por ejemplo, a través del *WhatsApp* donde no hay ningún criterio. Y en las redes construyen relatos sólo con imágenes, no utilizan la escritura.

La pregunta es cómo hacer para darle importancia y relevancia a lo que ellos van a producir. Uno se pregunta para qué necesitan escribir bien. Podría decirse que para educarse, terminar sus estudios y llegar a la Universidad, pero eso a los dieciséis años no tiene un sentido real.

En el libro *¿Redes o paredes?: la escuela en tiempos de dispersión*, Paula Sibila plantea eso, cómo pasó la enseñanza o la educación de transmisión de conocimiento a percepción. Porque, dice la autora, las redes hacen que los pibes perciban y cómo eso impacta en el conocimiento, que es lo que está pasando ahora.

La nueva secundaria, primer año, es aprendizaje por proyectos, ya no importa el contenido de lo que se da. El aprendizaje por proyecto implica un tipo de aprendizaje que no es colaborativo, sino individual. Donde el contenido queda subsumido en dar herramientas para que ellos puedan resolver un problema. Y esto modifica la relación con el conocimiento y con el saber. Ya no es un saber general que te da una cultura de conocer sobre varias cosas; el saber entonces se sitúa en tener las herramientas para desenvolverse en un mundo que, como dijo el entonces ministro de Educación de la Nación Alberto Sileoni, no tiene certeza.

Virginia Bombardelli es licenciada en Comunicación Social, docente universitaria y especialista en comunicación pública.

La escritura en esta área del campo laboral es cien por ciento importante. Sos la voz de la institución. Vos podés contar de alguna manera lo que dice tu institución. La forma es planteándose objetivos claros y concisos hacia el afuera

sobre qué es lo que le voy a decir a la sociedad. Sos el que conoce desde dentro qué es lo que se tiene que saber.

Un área de prensa de un ministerio u organismo del Estado que deja que hablen otros actores que no sean los oficiales, que deja que ellos tomen la voz en lugar de la institución pública que es el órgano rector de las políticas públicas, hace que la misma pierda la voz en la sociedad.

Un caso concreto: durante la epidemia de Gripe A, en el año 2009, se suspendieron durante un mes las clases y las actividades públicas. Me tocó escribir la base del comunicado de prensa que informaba la suspensión de las actividades. Había una reunión en el Ministerio de Salud de la Nación donde estaban las personas más importantes en materia de salud del país, miembros de sociedades científicas, epidemiólogos y el ministro, quienes tenían que definir si se suspendían o no las actividades públicas e informarle a la Presidenta. Yo estaba dentro de la reunión cubriéndola. Se presentan los casos, va a pasar esto, se empieza a calcular y demás. Entonces, toma la voz quien está coordinando la reunión y dice: “Estamos de acuerdo en que necesitamos poder suspender las actividades públicas donde haya gente”. Yo iba anotando en mi libretita absolutamente todo eso y pienso que lo que ellos están diciendo es lo que se le va a comunicar al país entero. El director de Prensa del ministerio entraba y salía permanentemente porque estaba atendiendo a los medios. Cuando salgo, me acerco al director que me dice: “¿Y?”. Le digo: “Se decidió que se suspendan las actividades”. Y él me dice “Sentate ya a escribir”, y empiezo a escribir la nota: “El Ministerio de Salud de la Nación comunica que ante los...”.

Carolina Ortiz ejerce como planificadora en el sector privado, en una importante empresa de servicios.

Todos los años hacemos un plan de comunicación que incluye las acciones de comunicación interna, externa, con el cliente, todo lo que es publicidad y marketing, redes sociales y relaciones institucionales. Estas acciones implican producir los materiales para comunicación interna, que son el *newsletter*, los boletines, las carteleras e Intranet. Para la externa se produce toda la folletería en sucursales con comunicación con el cliente, todo lo que es la comunicación con el cliente que va en factura (dorso e insertos), que tiene que ver con el servicio, con los derechos y obligaciones del usuario.

También en lo institucional se realizan talleres de responsabilidad empresarial, que son talleres educativos donde tenemos manuales que educan sobre el uso seguro y eficiente de energía eléctrica.

Se hacen los informes para la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, que son trimestrales, y los balances. Y se elaboran los comunicados de prensa que se publican respecto al avance de las obras.

El trabajo que se hace es una producción en amplios niveles jerárquicos donde hay que operar sobre lo esencial, hasta una cartilla. En el ejercicio de la profesión el planificador escribe permanentemente. En esta área del campo la escritura es tan indispensable como en el periodismo gráfico.

Todo lo que se produce para una compañía desde una dirección de comunicación es en nombre de esa empresa. Una empresa no puede hablar ni escribir mal.

Todos los productos que se generan en la dirección, aunque sean spots publicitarios de radio o videos para redes sociales o para televisión, están guionados previamente. Es decir que tenemos que tener la base de la escritura siempre.

Martín González Frígoli es licenciado en Comunicación Social, docente universitario y director de la Tecnicatura Universitaria Superior en Comunicación Digital de la Facultad de Periodismo.

Una de las cualidades primeras que preguntamos a quienes vamos a incorporar para trabajar en la consultora (AB, de Capital Federal) es sobre la escritura o la redacción. Si bien pedimos que tengan capacidad de analizar una organización, hacer una planificación, una gestión o un diagnóstico, para nosotros primero es central que tengan capacidad para escribir. Porque es necesario tener capacidad de síntesis para presentar el resultado de un diagnóstico, para organizar un texto o documento, cómo se ponen los subtítulos. Todo tiene que tener un atractivo, desde el título para presentar a un cliente que viene de otro palo, que le interesa el mundo de los negocios.

En la consultora trabajamos con empresas, que pueden ser desde un laboratorio hasta una empresa de telecomunicaciones o de alimentos. Hacemos comunicación interna, lo que implica, desde el vamos, la revista interna o *houseorgan*.

Entonces, al tomar a una persona cuando ingresa a la consultora, lo primero que vemos es su capacidad de escritura o de redacción, porque ya sea para escribir un boletín interno, una cartelera, para escribir una revista interna o *houseorgan*, hay que tener capacidad de redacción.

En una consultora que trabaja con el sector privado, en muchas oportunidades hay que leer procesos muy complejos de las empresas. Por ejemplo, hay que contar que compraron una máquina, que cambió un sistema de trabajo o de seguridad, y eso hay que leerlo, comprender ese texto, la información que le están brindando para luego sintetizarla y hacerla atractiva para el destinatario no especializado. En ese sentido, la escritura tiene un rol central.

Actualmente, se habla mucho de la migración de las revistas en papel a las plataformas y a los medios digitales, de que hay que usar herramientas de intercambio de redes sociales. Las empresas establecen protocolos de reglas sobre cómo se debe escribir en las redes o en las distintas plataformas. En este marco, la escritura no ha perdido vigencia, por el contrario, se ha vuelto fundamental saber escribir.

Gustavo González es licenciado en Comunicación Social, docente universitario y especialista en comunicación política.

La comunicación política es un campo amplio y diverso donde los comunicadores pueden decir algo que desde otras disciplinas no es posible, porque tienen otra mirada.

En la práctica de la comunicación política hay una parte que es dada por el manejo de bibliografía, el corrimiento histórico del concepto o la teoría. Pero hay otra parte que tienen los comunicadores que es tratar de leer entre líneas, de dilucidar, de ver, tratar de entender un poco más allá de lo escrito o de lo que te dice el otro.

Una de las claves de la comunicación política es que se trabaja para alguien, una institución, una cartera, un candidato, un partido político. Y el tema es que hay que dilucidar, leer entre líneas aquello que la persona necesita de vos y que no puede precisar, pero tenés que llevar a cabo. Ahí es donde los comunicadores tenemos una ventaja, porque en nuestra formación, desde el primer día que estás en la Facultad, aprendemos a leer entre líneas. ¿Cómo puede ser que los mismos datos que da un organismo público los vea en términos positivos un medio y

otro en términos negativos? Porque hay una interpretación y una lectura más allá de esos datos.

A cada personaje con que se trabaje hay que verlo de una manera diferente, hay que escribirle de una forma diferente, hay que pensarle las columnas de opinión de manera diferente.

Una de las cosas más complejas que tiene un comunicador político es que está obligado decirle la verdad a quien lo contrata. Y eso es lo más complejo, lo más difícil. A un personaje público siempre lo rodean quienes le dicen lo positivo, pero el comunicador político es quien también tiene que decir cuando se está tomando una decisión equivocada o alejándose de las bases de apoyo, por ejemplo. Porque eso es lo que también se necesita de un comunicador político. Y ahí hay una línea muy fina y compleja entre lo que uno tiene que decir y decirlo sin constituirse en un obstáculo.

En la comunicación política hay cosas que tienen que ver con práctica y con interpretar al otro, en los gestos, en la mirada, en lo que necesita el otro y todo su entorno. A diferencia de otras carreras de comunicación, nosotros tenemos un bagaje teórico y empírico muy profundo. Ahora, la pregunta es si el político o la política, si la cartera necesita eso. La verdad es que necesita más el barro y la coyuntura, y entonces el comunicador tiene que hamacarse en eso.

Y ese ejercicio se escribe todo.

Cecilia Aruj es licenciada en Comunicación Social, realizadora de cine de animación y Writer Producer para el canal Space de la empresa Turner International Argentina, produciendo contenidos digitales para sus redes sociales y promocionando en pantalla la programación de la señal.

¿Por qué es importante la escritura en publicidad? Porque cada palabra tiene sus propias connotaciones, y cuando tratamos de llegar a un cliente o consumidor es importante tener en cuenta el universo simbólico en el que se inscriben términos que pueden parecer sinónimos pero que nunca lo son.

Un ejemplo. Hace ya varios años, cuando comencé a trabajar en el canal de cine y series Space, ciertos thrillers retrataban relaciones conflictivas de pareja que generalmente terminaban en homicidios. Mi trabajo consistía en redactar guiones para promocionar en pantalla los contenidos de la señal, guiones que, por lo general, hacían una brevísima referencia a la trama de la película. En ese momento se hablaba de crímenes pasionales, pero hoy sería impensado frente a

las escalofriantes estadísticas sobre feminicidios a nivel mundial. Hoy se habla de feminicidios y no de crímenes pasionales. Por supuesto que en un guión no podríamos incluir la palabra “feminicidio” porque no está contemplada en el (tácito) manual de estilo de un canal como Space. Hablar de feminicidios aún tiene una carga política muy fuerte para la industria del entretenimiento, pero tampoco podemos hablar de crímenes pasionales, porque sería una torpeza frente a la vertiginosa evolución del movimiento feminista en los últimos años y podría hasta resultar ofensivo, además de ser políticamente incorrecto.

Cada palabra tiene su historia, su grupo de pertenencia, su contexto histórico y social y debemos ser conscientes de este universo para tener éxito en la tarea de generar empatía con nuestro público. El trabajo del publicista consiste en conocer a su público y hablar su lenguaje con naturalidad, sin impostaciones.

Ayelen Sidun es licenciada en Comunicación, docente universitaria y secretaria académica de la Facultad de Periodismo.

En la carrera de Periodismo, como en las diferentes orientaciones que hay en la Facultad, siempre se fortaleció mucho la escritura. En el diseño del último plan de estudios esto se fortaleció a sabiendas de que ya era una cuestión muy potente dentro de la Facultad y que era un dato que en el afuera nos destacaba. Es decir, nuestros graduados eran reconocidos por escribir muy bien.

Esa escritura no se hace de la nada, se hace desde la formación en lectura, en la formación en discusión crítica y lectura de variados textos, no solamente de los escritos, sino también de la realidad, y desde una posición crítica para poder justamente escribir después.

Es una de las cuestiones fundamentales que tienen que fortalecer las carreras en general, porque tiene que ver con el entendimiento de lo social y entendimiento de lo que otros van a saber a partir de esa escritura.

El fortalecimiento de lo escritural no es solamente lo educativo, no es solamente en la escuela. Cuando los medios publican un informe sobre que los jóvenes no leen, no abordan que seguramente no leen porque sus padres tampoco lo hacen. No ven el hábito de la lectura en su ámbito cotidiano. La lectura también es un hábito aprendido. Y no es el ámbito de aprenderlo solamente la escuela.

En la lectura también nace tu modo de escritura.

Hay que fortalecer la escritura no sólo en la escuela secundaria y primaria, sino también en otros ámbitos. Y pensar en la escritura acompañada en la lectura cotidiana de todo.

Todos los entrevistados coinciden en que, en el campo de la comunicación, la escritura es inevitable.

Como un segundo

La Facultad de Humanidades todavía tenía examen de ingreso y arancel. Pero los de 1983 terminamos siendo el último examen de ingreso y el último arancel.

Era otro de esos puntos ciegos de la historia, cuando el tiempo parece detenerse y las cosas tienen movimiento.

Los traumas suelen producir pausas de una rara y cansada calma.

En el 82, la guerra había consumido la energía de todos, y el país se deslizaba hacia una inesperada salida de los militares y un retorno de la política que había quedado.

Ser adolescente del Proceso fue de una extraña precisión protagónica.

Entramos al secundario con el Mundial 78, cuando los ponchos militantes, como si nunca hubieran existido, habían sido reemplazados por bucos Adidas, y nos fuimos a Bariloche después de la guerra.

El Colegio Nacional de esos años no dejó de ser el Colegio. A pesar del uniforme, de las muchas divisiones de varones, de los militares en los sillones de las autoridades, pasaron cositas, y no sería casual que la tradición de pintar el patio empezara con los bachis 82, de noche, clandestinamente, para después ser una larga celebración de los que salen queriendo tanto a ese edificio. O el Día del Bachiller, cuando pasaron cosas impensables meses antes, incluyendo a un grupo demente que secuestró el escudo grande de la entrada y se lo llevó en un Mehari a Plaza Moreno –algo que insólitamente fue filmado con una Super 8 y circula hasta hoy–, mientras el clásico Gamexane se mezclaba con pólvora, con el jefe de disciplina trajeado persiguiendo y filmando –con otra Super 8– a hordas dispersas de sacos azules.

Ese día fue un gran día de rebeldía y de angustia.

El Nacional había sido una elección de la niñez. Había, también, examen de ingreso, y por medio punto se hizo el milagro.

Antes, un barrio de Ringuelet con calles de tierra, con un papá obrero sindicalizado y una mamá modista, cuando con esos sueldos se podía tener una casa y mandar a los hijos a la Universidad.

Amigos sencillos, algún jefe de grupo cargoso, timidez con las chicas, mucha caminata por rincones mágicos: las lagunas del camino a Punta Lara, el depósito de locomotoras

en los talleres ferroviarios de Tolosa, el campito de 9 y 520 con sus árboles y su torre de agua abandonada, oxidada y atractiva.

Y antes la casa del Mondongo de los abuelos maternos, la Santa Margarita con la señorita Nilda, joven y cariñosa, entre muchas nenas y con saquito y corbatita verde.

La mudanza a Ringuelet y, sobre todo, el cambio a la Escuela 102 fueron duros. Tal vez sobrevivir entre pibes grandes y bravos terminó siendo un aprendizaje vital. Así que, después de terminar –con el azar a favor– el colegio, había que elegir carrera, y Letras fue la opción que motivaron ciertas lecturas de la niñez y la adolescencia, su consiguiente relación cordial con la escritura y el amor nunca declarado por la profesora de Lengua de cuarto año. Entonces apareció el régimen despiadado de primer año de Humanidades.

Teóricos con quinientas personas de cuatro carreras en un subsuelo pesadillesco, donde profesores titulares momificados recitaban teoría literaria o filosofía sin aceptar preguntas durante cuatro horas. Los prácticos amables de literatura y gramática permitían respirar un poco. Pero las batallas en el frente decisivo ocurrían en Griego y Latín.

En Latín, mandaba un veterano con fama de ideólogo de la CNU, y en las clases representaba su papel de facho duro y convencido que asustaba a las chicas. En Griego, un excéntrico explicaba el valor de alfa, beta y gamma. Pero lo peor eran los prácticos. Los dictaban personas de edad indefinible, abstractas, aburridas de sus propias clases y de sus vidas, pero implacables con el programa y las llegadas tarde. Para los que habíamos conseguido el primer trabajo, eran acechadoras despiadadas.

El episodio ocurrió en el teórico de Griego. Aula repleta, la voz del profesor clara en un silencio absoluto. De pronto, una tos inesperada de esas que no se pueden contener, con la atormentante picazón que llena los ojos de lágrimas y que intentar reprimir sólo empeora y muta en ruidos desagradables. Un ataque. Otro. Al tercero, una mirada inquisidora por encima de anteojos de leer desde el pizarrón le puso final al intento de disimulo y habilitó múltiples miradas condenatorias listas para acompañar con disciplina militar las señales del jefe del aula. El intento de retirada en medio de un cuarto ataque de tos empeoró la situación, con chillidos de sillas que rasparon el piso abriendo un sendero de fastidio hacia la puerta. Cuando esta se cerró, el pibe del Proceso, inseguro, buenote, conmovido por *The Wall*, niño solitario, un poco ingenuo y atormentado, que contaba con algunas armas que había aprendido en el barrio y la escuela, con las ventajas de ser de La Plata y del “Nacio”; ese pibe que había crecido

eligiendo lo suyo, en medio de una familia sana y solidaria pero silenciosa que a duras penas sobrevivió los primeros años de la dictadura; ese pibe *tan frágil como un segundo* (Parra, 1966), como los de antes, como los de ahora, se fue, y nunca volvió.

El núcleo duro de abandono de los estudios entre los jóvenes se produce en la terminalidad del secundario, en el tránsito a la universidad y en permanencia en su primer año. Terminan pocos, llegan menos y más de la mitad de los que llegan se va antes de terminar en diciembre; la mayoría, para no volver.

Las escasas o nulas políticas de incentivo a la continuidad de los estudios en las escuelas del nivel medio, los ingresos restrictivos y los primeros años eliminatorios abiertos o encubiertos en las carreras chocan con la fragilidad de jóvenes que están terminando un camino claramente señalizado para iniciar otro difuso, que además empieza con, tal vez, su primera decisión personal trascendente.

Nadie, a los diecisiete, sabe con certeza qué quiere hacer con su vida. Percibe, intuye, supone, pero no sabe. Si no parte de un grupo familiar que empuje, lo que no siempre es garantía de éxito, o viene de las pocas escuelas y colegios en los que se decide carrera en lugar de si seguir o no seguir, las dificultades que el sistema disimula malamente se transforman en dudas, las dudas en confusión, la confusión en abandono.

Es injustificable que el sistema de educación pública y gratuita más importante del mundo no se esfuerce más en poner a sus estudiantes secundarios dentro de una Facultad, e incomprensible que esas facultades no vayan a buscar a estos chicos, los incorporen, los ayuden y les expliquen con claridad de qué se trata cada carrera y adónde se va con ese título. Pero, por sobre todo, es imperdonable, porque lo sabemos por propia experiencia, que los que estamos dentro del sistema no les digamos que un título universitario es un aliado insustituible para toda la vida, si es que estamos convencidos de que la educación es ese camino de realización personal y libertad.

Si no lo decimos, no lo debatimos y no hacemos algo al respecto, es porque o no comprendemos las ideas que construyeron este sistema o en realidad pensamos distinto. Son loables los esfuerzos de algunos actores, incluso de rango institucional, por luchar contra el abandono, fomentar políticas de ingreso, nivelación y permanencia, producir programas de terminalidad. Pero esos esfuerzos son superados por la ausencia de una lectura clara del espíritu que fundó el sistema. Porque esa lectura es de tipo ideológica.

Basta leer las cifras por escuela de ingreso a la UNLP para reconocer distancias sociales contundentes. Entre los 609 inscriptos en 2017 del Colegio Nacional y el único inscripto

de la Escuela 40 de Abasto se dibuja un mapa cuyo centro son los bloques de facultades en el corazón de La Plata que reciben grupos importantes de jóvenes de las escuelas cercanas y del sistema privado, pero a medida que nos alejamos de ese centro las cifras se degradan como se degrada la ciudad, hasta llegar a cero.

“Toda la educación es un largo acto de amor a los que aprenden”, dice el *Manifiesto Liminar* de la Reforma del 18. Toda. Y la inteligencia que reúne su educación pública es propiedad del pueblo argentino. Es entonces esa inteligencia la responsable de producir las respuestas para que los ríos confluyan, en lugar de limitarse a los habituales diagnósticos que terminan siendo utilizados por intereses que, culpando no sin cierta razón a la educación pública del fracaso de sus jóvenes, proponen como solución el negocio de la educación privada.

Discutir un punto más o menos en las estadísticas no sirve para disimular lo evidente. Los pibes se van en masa entre el fin de la secundaria, el tránsito y el primer año de las carreras, lo que también indica que es la zona de crisis del sistema. Y sus características son claras.

Para analizar, articular, producir y profundizar políticas en el campo de lo concreto que presenten batalla en serio, es preciso comprender que si entre media y superior está uno de los grandes problemas –si no el principal–, existe una zona de ese sistema, estratégica e indisimulable, que debería llamarse intermedia.

Intermedia

Se trata de escala y de profundidad.

En tiempos de expansión del sistema de educación pública, la gran escala alimenta políticas de fondo, pero en tiempos de retroceso general se vuelve en su contra y las ahoga.

Si las grandes decisiones nacionales comprimen el sistema, los debates giran entre temas gruesos y pierden de vista, muchas veces, lo esencial. Y si el debate central es el salario, la inevitable pérdida de días de clase, la discontinuidad de programas, la inestabilidad general en el aula amplifica la propia inestabilidad de los alumnos y agudiza las ya difíciles condiciones con las que enfrentan la zona intermedia.

Es cuando se revalorizan los pequeños espacios. Cuando se vuelven indispensables para sostener vivas esas discusiones esenciales, aunque la cotidianidad las acorrale. Deben ser precisos y claros. Les toca la difícil y obcecada tarea de privilegiar a los pibes que la marea de puja y de conflicto se lleva como costo aceptable. Les toca no aceptarlo.

El Taller de Lectura y Escritura I propone un desarrollo de un cuatrimestre en el primer año de la Licenciatura en Comunicación Social de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP, relacionando a los estudiantes con la lectura desde una mirada comunicacional, a través de textos ubicados en una línea de tiempo que recorre la memoria universal y latinoamericana, en un abordaje analítico de cada uno desde la tríada texto, contexto y autor.

El Taller plantea la escritura como la herramienta central en el ejercicio profesional del campo de la comunicación y la lectura contextual como el punto de vista de la disciplina frente al abordaje de un texto.

Las clases están pautadas en dos horas y media, organizadas en un primer momento de evaluación de lectura, un segundo momento de análisis del texto y su contexto y uno tercero de práctica de escritura en el aula.

Cada una de las clases es pensada en plenario de profesores del Taller y se traduce en el aula con la flexibilidad que requiera cada grupo. Estas reuniones se desarrollan de manera semanal y en cada una se piensa la pregunta de la síntesis de lectura, planilla que pide a los estudiantes textos de redacción breve y precisa, el recurso audiovisual y el trabajo práctico escrito a realizar en el aula.

Se diseñan a partir de un hito de la historia universal que se expresa en un texto literario clásico y detona temas de análisis. Se desarrollan de la siguiente manera a lo largo de quince clases:

1. Las revoluciones: Alejandro Dumas, *El conde de Montecristo*; Edgar Allan Poe, “El entierro prematuro”; Charles Dickens, *Oliver Twist*.
2. La consolidación del mundo imperial: Julio Verne, *La vuelta al mundo en 80 días*.
3. Las críticas al sistema: Guy de Maupassant, “Bola de Sebo”; León Tolstói, *La muerte de Ivan Ilich*; Oscar Wilde, “El fantasma de Canterville”.
4. Las advertencias de la tragedia inminente: Katherine Mansfield, “La fiesta en el jardín”; Herbert G. Wells, *La guerra de los mundos*.
5. El estallido. Las guerras mundiales: Ernest Hemingway, *Fiesta*.
6. Los 50. El boom latinoamericano: Mario Benedetti, “Los novios”; Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*.
7. Los 60 y el rock: la cátedra propone destacar el rock, nacido como lenguaje realizado por jóvenes y para jóvenes, como un emergente esencial de la época. Esto se traduce en una selección cronológica de las grandes publicaciones de grupos y autores que marcaron su tiempo. Año a año los estudiantes la enriquecen con su análisis crítico. Se recorren también las décadas finales del siglo XX.
8. El nuevo siglo: Thierry Meyssan, *La gran impostura*.
9. Examen final: consiste en la escritura, corrección y edición de un texto que integra la totalidad de la práctica de la cursada.

Finalmente, el docente a cargo de la comisión realiza una devolución de la totalidad de la producción y del examen final a cada estudiante, y define la nota.

Tanto los profesores como los adscriptos realizan seminarios de capacitación docente certificados por el Consejo Directivo de la FPyCS.

Cada comisión del Taller posee un grupo cerrado de *Facebook*, administrado por el adscripto coordinador, que constituye un medio de intercambio que trasciende el espacio áulico, en el que se comparten los materiales de clase. Se configura así un espacio de cercanía con los estudiantes que profundiza el contacto con la materia y se mantiene. De este modo, el adscripto coordinador, además de motorizar la práctica áulica, comunica las lecturas semanales y responde las inquietudes de los estudiantes. El grupo de *Facebook* se configura entonces como un espacio de interacción en el que resulta menos complejo contactarse con ellos. Ese vínculo es fundamental cuando se

ausentan de la clase. De esta manera, se puede realizar un seguimiento no sólo en términos de la lectura y la escritura sino también de la inclusión y la permanencia.

Los estudiantes son evaluados en base a la planilla de síntesis de lectura, clase a clase, y la por la producción en clase de catorce trabajos relacionados con los temas y las lecturas solicitadas. Los ejercicios funcionan como asistencia y son organizados en carpetas para cada estudiante con devoluciones periódicas por parte de la cátedra.

Además, deben realizar un ejercicio de edición para publicar en la sección “Bitácora” de la revista *Letras* y aprobar un examen final, producción integradora de cierre de la cursada cuya nota debe ser igual o mayor que siete, más un coloquio a cargo del profesor para cerrar la nota –en esta instancia de coloquio oral personal se realiza también la instancia de recuperación, en caso de ser necesaria–. En este último encuentro, además, cada estudiante recibe la totalidad de los textos que produjo en el cuatrimestre.

Partiendo de la idea de aprendizaje gradual, la evaluación es integral y cualitativa de la producción total de cada estudiante. La escala de calificación es *Muy bien, Bien y Regular*, y en cada trabajo se realiza una devolución personal para que el estudiante pueda ver plasmado su progreso en la materia.

La escritura, entonces, no es un resultado neto sino un proceso. El acto de escribir requiere tener en cuenta la secuencia de planificación, producción y edición. En este proceso, cada adscripto acompaña al estudiante y lo orienta en su progreso.

Para complementar la evaluación, se trabaja de manera extracurricular con el Seminario-Taller Prácticas del Lenguaje, un espacio de apoyatura que propone reflexionar sobre algunas de las dificultades técnicas más importantes en la producción del texto escrito y revisar las producciones de los estudiantes en los niveles normativo, textual y gramatical, como también repensar el lenguaje en su totalidad. Los docentes a cargo trabajan en forma tutorial atendiendo las demandas puntuales de los participantes. Al final del Seminario-Taller se elabora un informe personal de cada estudiante sobre el proceso desarrollado, y se realizan sugerencias para las futuras cursadas. Ese informe se comparte con los profesores a cargo de las comisiones que lo hubieran requerido.

En producción, investigación y extensión, la propuesta del Taller de Lectura y Escritura I se instrumenta a través de las actividades y proyectos realizados desde el Centro de Investigación en Lectura y Escritura de la Facultad (CILE).

Para el período 2018-2019, el proyecto acreditado en el Programa de Incentivos a la investigación fue “La escritura en los estudios superiores: la enseñanza y la formación

profesional en escritura desde el campo de la comunicación”. Para extensión se acreditó “La universidad va a la escuela”. En el primero, se analiza el recorrido para la formación de la escritura profesional y los procesos de enseñanza y aprendizaje desde la mirada de nuestro campo, tomando como caso de estudio el ciclo básico del plan de estudios 2014 de la Licenciatura en Comunicación de la Facultad, y asumiendo que la escritura debe ser enseñada en el ámbito de la Universidad. En el segundo, el objetivo es posibilitar que cada vez más jóvenes de la región ingresen al sistema universitario local, teniendo como meta principal la inclusión educativa de aquellos con menores posibilidades.

Desde el CILE se ha trabajado específicamente esta temática educativa vinculada al nivel secundario y a la Universidad en proyectos de investigación desde 2010: “Articulación Secundaria-Universidad. Saberes comunes y no comunes. Caso de estudio: la escritura y la lecto-comprensión en la Universidad Nacional de La Plata y en la escuela secundaria de la Región 1 del Sistema Educativo Bonaerense” (2010-2011; indagación sobre la articulación Escuela Secundaria-Universidad en lectura y escritura), “Lectura y escritura en la formación de comunicadores. El tránsito por el territorio de las palabras. Caso de estudio: programa de la línea de escritura” (2012-2013; indagación sobre la lectura y la escritura en el 1^{er} año de la Universidad), “Inclusión educativa: ingresar a la universidad, ¿una posibilidad para todos? Análisis de la zona de pasaje de la Escuela Secundaria a la Universidad en la ciudad La Plata, Berisso y Ensenada” (2014-2015; indagación de la inclusión educativa en escuelas secundarias seleccionadas de la Región Educativa 1), “16/17/18. El núcleo duro de la deserción. De la escuela secundaria a la universidad: estado de situación, causas y consecuencias del abandono de la escolaridad” (2016-2017; indagación de la deserción educativa en los últimos años de la Escuela Secundaria y el primer año de la Universidad).

Y en proyectos de voluntariado y extensión desde 2009: “Articular saberes y prácticas. Lectura y escritura en las escuelas secundarias de la Región Educativa 1” (2009; talleres de lectura y escritura en la secundaria para el ingreso a la Universidad), “La Universidad va a la Escuela” y “La universidad va a la escuela. Para que sigas estudiando” (2010-2011; ambos para la promoción de becas y carreras de la UNLP en la Escuela Secundaria para facilitar el ingreso a la Universidad), “Siembra Libros, promoción de la lectura” y “Siembra Libros II” (2014-2015 y 2015-2016, respectivamente; tuvieron como objetivo el armado de una biblioteca en el barrio Altos de San Lorenzo de la ciudad de La Plata y la implementación de clases de apoyo en

lectura y lectura para la comunidad), y “La universidad va a la escuela. Promoción del ingreso” (2017; para la promoción del ingreso a la Universidad en las escuelas secundarias de la ciudad de La Plata).

En el área de producción, *Letras* es la revista científica y académica del CILE en la que docentes, adscriptos e investigadores del Taller visibilizan y divulgan sus investigaciones sobre lectura y escritura en el campo profesional. Se suma a esto la idea de que quienes están frente al aula, enseñando y corrigiendo la producción de los estudiantes ingresantes, puedan ser leídos por estos.

Las secciones de la revista son: 1. Editorial; 2. En voz alta (sección de reportajes); 3. Aprender a escribir; 4. Aprender a leer; 5. 17-18 (artículos que desarrollen temas vinculados al núcleo duro de la deserción en el sistema educativo); 6. Campos (artículos que desarrollen la importancia de la escritura en el campo profesional); 7. Artes (sobre la escritura en cine y música, la estética); 8. Medios (sobre la escritura en gráfica, radio, televisión, libros y medios digitales), y 9. Búsquedas (artículos de investigación vinculados a la lectura y la escritura, los lenguajes).

En el CILE, como parte del equipo docente del Taller, realizan en 2019 tareas de investigación un becario posdoctoral, tres becarios doctorales UNLP, tres becarios doctorales CIC, está radicado un becario doctoral Conicet, completaron su beca cuatro estudiantes CIN y fueron seleccionados otros cuatro.

En 2018, el Taller recibió 346 estudiantes en sus nueve comisiones. Finalizaron 277, es decir, más del 80% de ellos tuvo su nota de aprobación.

The Wall

¿Cómo nos relacionamos con la música? Simplemente nos gusta o no nos gusta. El arte es un misterio en el que opera un sentido, ni sensorial ni extrasensorial, “que no tiene gobierno ni nunca tendrá, que no tiene vergüenza ni nunca tendrá y que no tiene juicio” (Buarque, 1976). Pero existe.

Nos gusta un momento, un estribillo, una voz; o una canción. Y algunas nos pegan. Y fuerte.

En 1979, “Otro ladrillo en la pared” golpeó a una generación. Y siguió golpeando. Fue la locomotora que condujo a *The Wall* a ser un disco universalmente celebrado. En 1982, la película de Alan Parker le puso imágenes y explicaciones, iluminando un poco ese raro fenómeno que ocultan tantas canciones que amamos pero no sabemos qué dicen.

La historia es conocida. Un músico inglés que perdió al padre en la Segunda Guerra, que se relaciona mal con las mujeres, con el éxito y con el mundo que le toca, al punto de aislarse hasta estallar. La primera parte de “Otro ladrillo en la pared” cuenta la relación del músico con la educación en su niñez. Para mostrarla, Parker construyó una secuencia que se inicia con uno de los tantos momentos traumáticos del protagonista, Pink, niño, donde se lo ve haciendo estallar en las vías de un túnel de ferrocarril una de las balas que heredó de su padre muerto. La explosión le produce visiones angustiantes de pasajeros con máscaras impersonales en el tren, con algunas tomas que refieren al genocidio judío de la Alemania nazi. De pronto aparece un maestro de escuela con toga y rostro desagradable, con un puntero tipo vara, corto y agresivo, gritando: “¡Tú! ¡Sí, tú! ¡Quédate quieto, jovencito!”, y comienza la introducción de la canción.

Cuando crecíamos e íbamos a la escuela
había ciertos maestros que
lastimaban a los niños de la forma en que podían,
derramando su escarnio
por cualquier cosa que hiciéramos,
y exponiendo cada debilidad,
aunque estuviera bien oculta por los niños.

Nuevamente el maestro, esta vez en el aula, increpa a Pink: “¿Qué tenemos aquí, jovencito? ¿Garabatos misteriosos? ¿Un código secreto? No. Poemas, nada menos. ¡Poemas, vean todos! [risas de los otros niños]. El joven aquí se cree un poeta”. Lee: “No toques mi dinero, vivir como un rey espero, el dinero para mí solo quiero. Un auto nuevo, caviar, con todo soñaré, un equipo de fútbol creo que me compraré’ [es la letra de “Money”, de *El lado oscuro de la luna*, de 1973, también de Pink Floyd]. ¡Absoluta basura, jovencito!”. El maestro lo golpea en la mano con su vara, en uno de los planos más logrados. “¡Siga con su trabajo! Repitan conmigo: un acre es un área de un rectángulo cuya longitud es 4.800 metros cuadrados...”.

Vuelve la introducción de la canción:

Pero en el pueblo era bien sabido
que cuando llegaban a la noche a su casa, sus gordas y
psicópatas esposas los maltrataban
hasta casi quitarles la vida.

Aquí se ve a la esposa en cuestión humillando al maestro. Luego comienza el tema.

No necesitamos ninguna educación
no necesitamos control del pensamiento
Ningún oscuro sarcasmo en el aula
maestro, deje a los niños en paz.
¡Ey, maestro, deje a los niños en paz!
Al final solo es otro ladrillo en la pared.

Parker imaginó tres momentos para ponerlo en imágenes. El primero es la introducción mencionada; un segundo momento es con los chicos funcionando como el alimento de una máquina procesadora; en el tercero estalla una rebelión en el aula y los mismos niños que antes terminaban siendo picados como carne al final de una línea de producción destruyen el aula, la escuela, la incendian y queman al profesor en una hoguera. El final muestra a Pink volviendo de lo que finalmente fue una fantasía, mientras sigue con su mano dolorida.

Es curiosa la crítica despiadada que el rock (recordemos “Escuela”, de Supertramp) y el cine (*Melody*, también de Parker, de 1971) produjeron en los setenta sobre el sistema

educativo británico de los cincuenta y sesenta. Curiosa porque ese sistema se abrió a los hijos de los trabajadores de una Inglaterra en crisis y permitió, por ejemplo, que se conocieran los Beatles.

Más explicable es que la generación de jóvenes de la dictadura de Videla se haya identificado con la rebeldía básica que propone *The Wall*; y es bastante probable que la riqueza musical más que el mensaje un poco grueso fuera la que lo haya hecho trascender, al punto de llenar nueve River en 2011 y reunir 400 mil personas con Roger Waters, una cifra descomunal e insuperable.

¿No necesitamos ninguna educación? Tal vez cierto progresismo inglés leve se lo haya podido permitir por un rato, en aquel tiempo, en aquel lugar. Porque, se sabe, Roger Waters y Syd Barrett se conocieron en Cambridge.

Apunte

No necesariamente la formulación de un problema requiere vastedad analítica y volumen de producción escrita. Se puede profundizar en su solución y, en particular, en la comprobación fáctica de esa solución. Tampoco es necesario que el problema, su solución y su comprobación posible sean expuestas de modo duro y lineal.

Y definitivamente es innecesaria la utilización de un lenguaje que aparente erudición, porque, como dijo algún profesor de esta casa, “es mucho más difícil decir lo difícil en fácil que lo fácil en difícil”. Completaba la idea con el iceberg de Hemingway.

A partir de estas consideraciones iniciales que la Facultad de Periodismo acepta – siendo, como es, el ámbito principal de formación de profesionales en escritura–, nació este texto.

El recorrido teórico-metodológico llevado adelante para la producción de este trabajo representa la reflexión y la toma de decisiones de manera constante a lo largo del proceso de investigación y escritura. El puntapié inicial fue pensar el tema en el marco de la comunicación y las ciencias sociales y desde allí indagar y reflexionar sobre la contradicción entre las ideas esenciales del sistema argentino de educación pública y la tasa de egreso en el nivel superior; su puesta en discusión con las cifras de desocupación en jóvenes de veinticinco años y la descripción de un ejemplo de respuesta formal, a partir de la práctica concreta, en una de las zonas de impacto del problema; en este caso, la permanencia en los estudios superiores.

Esto, a la vez, decanta en la idea del panorama como una forma de comprensión de la realidad, la lectura y el arte como caminos de comprensión de los procesos históricos, el presente y el futuro, y la escritura como práctica social continua, que se aprende a lo largo de toda la vida e influye particularmente en la formación de los comunicadores.

Como punto de partida para el rastreo de los antecedentes y la construcción del estado del arte, se tuvieron en cuenta los resultados y las indagaciones bibliográficas realizadas en los proyectos de investigación y de extensión del CILE ya nombrados en el capítulo “Intermedia” de este trabajo. Estos abordan y problematizan la lectura y la escritura tanto en el nivel secundario como en el superior, vinculando de manera continua la investigación y la extensión –funciones constitutivas de la Universidad– con el objetivo

de pensar estrategias para la inclusión, el acceso y la permanencia de los estudiantes en los niveles educativos.

Asimismo, los trabajos de los investigadores Gustavo Bombini (2009) y Paula Carlino (2005) aportaron sus perspectivas sobre la zona de pasaje y la alfabetización académica en los estudios superiores, respectivamente, fundamentales para pensarlas en el desarrollo de una metodología para la enseñanza.

“Las prácticas de lectura y escritura en la zona de pasaje constituyen un aspecto específico y fundamental en la inclusión de los jóvenes en la cultura del nivel superior, terciario o universitario” (Bombini y Labeur, 2017, p. 9).

Si consideramos que la alfabetización es un proceso, que está relacionado con los contextos, entonces “los modos de leer y escribir –de buscar, adquirir, elaborar y comunicar conocimiento– no son iguales en todos los ámbitos”; no es una habilidad que se logra de una vez y para siempre” (Carlino, 2005, p. 14).

Por otra parte, “las múltiples formas de atravesar la experiencia escolar, muchas de las cuales no implican recorridos lineales por el sistema educativo” (Terigi, 2009, p. 12), permitieron pensar los diversos modos en los que los estudiantes transitan las aulas.

En consecuencia, categorías como “prácticas de lectura y escritura”, “inclusión educativa”, “acceso a la educación”, “tránsito de la escuela secundaria a los estudios superiores”, “alfabetización académica” y “trayectorias educativas” son las herramientas teórico-conceptuales que se seleccionaron, a través de un proceso de debate entre tradiciones y lecturas actualizadas, para luego pensar la metodología y las técnicas y llegar a la exposición de las reflexiones finales en el formato ensayo.

Investigar hoy temáticas como la lectura y la escritura en la zona de tránsito de la escuela secundaria a la universidad, por su actualidad, resulta una necesidad académica, política y social. Por eso mismo, este trabajo avanza en la línea de investigación comunicación/educación, que entiende el abordaje de la educación desde su dimensión comunicacional, es decir, desde la comprensión de los procesos como una construcción colectiva, social e histórica de sentido, como un producto comunicacional que aspira a ser útil en el campo de la investigación, la docencia y la producción.

En *Una coartada metodológica: abordajes cualitativos en la investigación en comunicación, medios y audiencias*, Guillermo Orozco Gómez y Rodrigo González (2012) dicen que es “central conocer para intervenir e intervenir para transformar”. Y señalan que

se debe abandonar la idea de una metodología aséptica, basada en recetas aplicables, y cambiar a una posición de generación de conocimiento creativa y rigurosa, a la vez que se entiende la densidad epistemológica de todo proceso comunicativo que requiera comprenderse, permita construir objetos de estudio frescos, pero acordes con su complejidad cognoscitiva. (Orozco Gómez y González, 2012, p. 13)

Teniendo en cuenta esta consideración, el tema fue abordado desde la perspectiva cualitativa, que posibilita acercarse al mismo de manera integral, estudiándolo, observándolo y analizándolo en su contexto, para ir interpretando y reinterpretando sus elementos constitutivos. Trabajar desde el campo de la comunicación implica, justamente, pensar en procesos, y estos como constructores de sentidos y de interpelación para el conocimiento y la transformación de la realidad.

La investigación cualitativa es una actividad localizada en un cierto lugar y tiempo que sitúa al observador en el mundo. Consiste en una serie de prácticas interpretativas y materiales que hacen al mundo visible. Estas prácticas transforman el mundo. (Denzin y Lincoln, 2005, p. 4)

Lo importante es que en estudios como el llevado a cabo analiza a los sujetos en sus propios escenarios, desde los significados que les dan a sus prácticas. En el caso de la presente investigación, se ha trabajado regularmente en las aulas, con los estudiantes, los docentes, los especialistas, dialogando, analizando sus dichos, interpretando sus representaciones y opiniones.

Además, para construir y abordar el tema se trabajaron de manera analítica y comparativa tres corpus de datos, resultantes del relevamiento del material literario, periodístico y documental, las entrevistas en profundidad a distintos referentes, investigadores y profesionales relacionados con la temática planteada, y la observación participante de instancias áulicas en la universidad.

La recopilación de material literario, periodístico y académico sirvió para el abordaje del tema y su perspectiva teórica. Y para plantear un enfoque posible sobre la lectura y la escritura en el aula

se debe tener presente la necesidad de abordar metodológicamente nuestras fuentes y recursos. Para ello es preciso seguir una mínima guía: identificar,

clasificar y sistematizar [...] Es importante tener presente la necesidad de contar con tres tipos de bibliografía: específica, teórica y metodológica. Es preciso tener a la mano información bibliográfica específica sobre el tema que aborde los aspectos “estructurales” de cómo y por qué se constituye en un tema de relevancia [...] Del mismo modo, se debe prestar atención a la bibliografía teórica sobre la temática (conceptos relevantes, implicancias conceptuales) [...] También hay que estar alertas de contar con la literatura que apoye metodológicamente nuestras intenciones de indagación. (Scribano, 2008, p. 27)

Tanto la bibliografía específica como la teórica y la metodológica se evidencian a lo largo de todo el trabajo, y se expone de manera analítica entrelazando las palabras clave con el trabajo de indagación en sí.

Se realizó un análisis de un número de obras literarias mirando al autor en su contexto y en su época para profundizar en su comprensión, porque es una forma de entender procesos privilegiando la sensibilidad del arte.

Por otra parte, las entrevistas en profundidad a profesionales fueron elegidas como técnica para dar cuenta de la importancia de la escritura en la formación de los comunicadores en los estudios superiores.

en las ciencias sociales la entrevista se refiere a una forma especial de encuentro: una conversación a la que se recurre con el fin de recolectar determinado tipo de información en el marco de la investigación. (Marradi, Archenti y Piovani, 2010, p. 191)

El objetivo fue descubrir en estas voces diversas opiniones sobre la temática para construir una noción macro de la misma.

Por último, la observación participante en el aula permitió recopilar información para pensar y definir un método posible.

La observación participante consiste en dos actividades principales: observar sistemática y controladamente todo lo que acontece en torno del investigador, y participar en una o varias actividades de la población. Hablamos de participar en el sentido de “desempeñarse como lo hacen los nativos”; de aprender a realizar ciertas actividades y a comportarse como uno más. La “participación”

pone el énfasis en la experiencia vivida por el investigador apuntando su objetivo a “estar adentro” de la sociedad estudiada”. (Guber, 2001, p. 57)

La observación y la participación resultaron fundamentales a la hora de aplicar un posible método de enseñanza y al mismo tiempo de intercambio constante para la corrección y el mejoramiento del mismo.

Estas experiencias sistematizadas y analizadas se cruzaron con el material teórico de referencia y las entrevistas realizadas para arribar, finalmente, a esta propuesta comunicacional que expone el recorrido llevado adelante.

Este ensayo, entonces, es el producto de reflexiones constantes acerca del abordaje de la lectura y la escritura en los estudios superiores y una metodología posible para su enseñanza. Pero, sobre todo, un modo de pensar la universidad argentina.

Referencias bibliográficas

- Amado, Jorge (2004). *Capitanes de la arena*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
- Arlt, Roberto (s/f). “Orejeando la revolución”, “Momentos macanudos”, en *Aguafuertes porteñas*. Recuperado de http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/aguafuertes-portenas-seleccion/html/ffd70615-7195-48d6-b084-e97a19f32730_3.html
- Asamblea Nacional Constituyente (1789). *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*. Recuperado de https://www.conseil-constitutionnel.fr/sites/default/files/as/root/bank_mm/espagnol/es_ddhc.pdf.
- Asimov, Isaac (1984). *Yo robot*. Barcelona, España: Edhasa.
- Austen, Jane (2013). *Sensatez y sentimientos*. Madrid, España: Alianza.
- Badham, John (1977). *Fiebre del sábado por la noche*. EE.UU.: Paramount Pictures.
- Balzac, Honoré de (2010). *Eugenia Grandet*. Madrid, España: Siruela.
- Benedetti, Mario (2009). “Los novios”. En: *Montevideanos*. Buenos Aires, Argentina: Booket.
- Berry, Chuck (1958). “Johnny B. Good”. En: *Chuck Berry is on top*. EE.UU.: Chess Records.
- Bioy Casares, Adolfo y Jorge Luis Borges (2004). “La fiesta del monstruo”. En: *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*. Buenos Aires, Argentina: Emecé.
- Bombini, Gustavo (2009). “La inclusión educativa en las zonas de pasaje: representaciones y prácticas de lectura y escritura”. En: Martos Núñez, Eloy y Tania M. K. Rösing (coords.), *Prácticas de lectura y de escritura*. Universidade de Passo Fundo: UPF Editora.
- Bombini, Gustavo y Paula Labeur (coord.) (2017). *Leer y escribir en las zonas de pasaje. Articulaciones entre la escuela secundaria y el nivel superior*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- Borges, Jorge Luis (1985). “Milonga de un soldado”. En: *Los conjurados*. Buenos Aires, Argentina: Alianza.
- Bradbury, Ray (2009). *Fahrenheit 451*. Buenos Aires, Argentina: Debolsillo.
- Buarque, Chico (1976). “O qué será?”. En: *Meus Caros Amigos*. Francia: Phonogram/Philips.
- Burroughs, William (1959). *El almuerzo desnudo*. EE.UU.: Olympia Press/Glove Press.

- Carpentier, Alejo (1996). "Semejante a la noche". En: *Guerra del tiempo*. Buenos Aires, Argentina: Alianza.
- Carlino, Paula (2005). *Escribir, leer y aprender en la Universidad*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Castillo, Abelardo (2003). "Los muertos de Piedra Negra". En *Cuentos completos*. Buenos Aires, Argentina: Alfaguara.
- Clarín (12/09/2017). "Solo dos de cada diez argentinos terminan sus estudios universitarios". Recuperado de https://www.clarin.com/sociedad/tasa-graduados-universitarios-argentina-bajas-region_0_Hkw0d_HqZ.html.
- Cortázar, Julio (2003). "Casa Tomada". En *Bestiario*. Buenos Aires, Argentina: Alfaguara.
- Cosmatos, George P. (1985). *Rambo II. Acorralado*. EE.UU.: Carolco Pictures.
- Crane, David y Marta Kauffman, (1994-2004). *Friends*. EE.UU.: Warner.
- Dehnam, Carl (1933). *King Kong*. EE.UU.: Paramount Pictures
- Denzin, Norman K. e Yvonna S. Lincoln (2005). "Introduction. The Discipline and Practice of Qualitative Research". En: *The Sage Handbook of Qualitative Research*. Thousand Oaks, EE.UU.: Sage Publications, Inc.
- Dickens, Charles (2007). *Oliver Twist*. Buenos Aires, Argentina: Andrés Bello.
- Dumas, Alejandro (2005). *El conde de Montecristo*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
- Dwan, Allan (1949). *Arenas de Iwo Jima*. EE.UU.: Productora Herbert Yates.
- Echeverría, Esteban (2005). *El matadero*. Buenos Aires, Argentina: Egebe.
- Edelstein, Jorge y Laura Farhi (2016-2018). *Soy Luna*. Pol-ka/Disney Channel Latinoamérica.
- Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Dirección de Grado (2018). "El 81.7% de los/as graduados/as de nuestra Facultad tienen trabajo en el campo de la comunicación". La Plata, Argentina: Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP.
- Federación Universitaria de Córdoba (1918). *Manifiesto Liminar*. Recuperado de <https://www.unc.edu.ar/sobre-la-unc/manifiesto-liminar>.
- Feinmann, José Pablo (2000). *La crítica de las armas*. Buenos Aires, Argentina: Planeta.
- Fogwill, Rodolfo (1982). *Los Pichiciegos*. Buenos Aires, Argentina: El Ateneo.
- García Márquez, Gabriel (1998). *Cien años de soledad*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

- Guber Rosana (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires, Argentina: Norma.
- Heker, Liliana (1991). “Los que viven lejos”. En: *Los bordes de lo real*. Buenos Aires, Argentina: Aguilar.
- Hemingway, Ernest (2008). *Fiesta*. Buenos Aires, Argentina: Debolsillo.
- Hernández, José (1997). *Martín Fierro*. Buenos Aires, Argentina: Atlántida.
- Hobsbawm, Eric (1999). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires, Argentina: Crítica.
- (1999). *La era de la revolución*. Buenos Aires, Argentina: Crítica.
- (1999). *La era del capital*. Buenos Aires, Argentina: Crítica.
- (1999). *La era del imperio*. Buenos Aires, Argentina: Crítica.
- Hussein, Waris (1971). *Melody*. Reino Unido: Hemdale Film Corporation-Goodtimes Enterprises.
- Jackson, Mick (1992). *El Guadaespaldas*. EE.UU.: Tig Productions/Warner Bros/Lawrence Kasdan.
- “Jonas Mekas ha muerto” (2019). En: *Geografía Virtual*. Recuperado de <http://geografiavirtual.com/2019/02/mekas/>
- Kerouac, Jack (1957). *En el camino*. Nueva York, EE.UU.: Viking Press.
- Kohan, Martín (2009). “Semana Santa”. En: Incardona, Juan Diego y Santiago Llach (comps.), *Los días que vivimos en peligro*. Buenos Aires, Argentina: Emecé.
- Kotcheff, Ted (1982). *Rambo I. Primera Sangre*. EE.UU.: Anabasis N.V./Elcajo Productions.
- Lewis, Jerry Lee (1958). “Great balls of fire”. En: *You win again*. EE.UU.: Sun Records.
- Ludueña, María Eugenia (2010). “Los cuerpos cuentan”. Recuperado de <http://aguilashumanas.blogspot.com/2010/11/los-cuerpos-cuentan-maru-ludueña.html>
- Lugones, Leopoldo (1979). *El Payador y antología de poesía y prosa*. Caracas, Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
- (1924). “La hora de la espada”. Recuperado de https://cdn.educ.ar/repositorio/Download/file?file_id=2128ad00-e9ec-4460-9d94-8cc381a137b2.
- Luna, Félix (1972). *Argentina, de Perón a Lanusse 1943/1973*. Barcelona, España: Planeta.
- (2012). *El 45*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.

- MacDonald, Peter (1998). *Rambo III*. EE.UU.: Carolco Pictures.
- Mansfield, Katherine (s/f). “La fiesta en el jardín”. Recuperado de <http://acad.colmex.mx/sites/default/files/pdf/Katherine%20Mansfield%20%20-%20Fiesta%20en%20el%20jardi%CC%81n.pdf>
- Marechal, Leopoldo (2003). *Adán Buenosayres*. Buenos Aires, Argentina: Seix Barral.
- Marradi, Alberto, Nélica Archenti y Juan Ignacio Piovani (2010). *Metodología de las Ciencias Sociales*. Buenos Aires, Argentina: Cengage Learning.
- Maupassant, Guy de (s/f). *Bola de sebo*. Recuperado de <https://ciudadseva.com/texto/bola-de-sebo/>
- Meysan, Thierry (2002). *La terrible impostura*. Buenos Aires, Argentina: El Ateneo.
- Mihanovich, Sandra (1983). “Milonga del muerto”. En: *Hagamos el amor*. Buenos Aires, Argentina: Microfon USA.
- Ministerio de Producción y Trabajo de la Nación, Equipo de Mercado de Trabajo, DGIYEL-SSPEYEL (2017). “Jóvenes y trabajo”. Recuperado de http://www.trabajo.gob.ar/downloads/estadisticas/Jovenes_y_trabajo_2017.pdf
- Natanson, José (2017). *¿Por qué?* Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Nirvana (1991). “Smells like teen spirit”. En: *Nevermind*. EE.UU.: DGC Records.
- O’Donnell, Pacho (1999). “El gran transformador”. En: *Universos de mi tiempo*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.
- Orgambide, Pedro (2002). *Diario de la crisis*. Buenos Aires, Argentina: Aguilar.
- Orozco Gómez, Guillermo; González, Rodrigo (2012). Una coartada metodológica. Abordajes cualitativos en la investigación en comunicación, medios y audiencias. México: Tintable.
- Orwell, George (2012). *1984*. España: Arenal.
- Parker, Alan (1982). *The Wall*. Reino Unido: Metro Goldwyn Mayer.
- Parra, Violeta (1966). “Volver a los 17”. En: *Las últimas composiciones*. Chile: RCA Victor.
- Pérez, Miguel (1983). *La República perdida*. Buenos Aires: Noran SRL.
- Perón, Juan Domingo (1967). “Carta por la muerte del Che”. Recuperado de <https://revistazoom.com.ar/carta-del-general-peron-por-la-muerte-del-che>.
- Pigna, Felipe (s/f). “Raúl Scalabrini Ortiz sobre el 17 de octubre”. En: *El Historiador*. Recuperado de <https://www.elhistoriador.com.ar/raul-scalabrini-ortiz-sobre-el-17-de-octubre>.

- (s/f). “San Martín sobre la Vuelta de Obligado”. En: *El Historiador*. Recuperado de <https://www.elhistoriador.com.ar/san-martin-sobre-la-vuelta-de-obligado>.
- (s/f). “El asesinato de Ernesto ‘Che’ Guevara”. En: *El Historiador*. Recuperado de <https://www.elhistoriador.com.ar/el-asesinato-de-ernesto-che-guevara>.
- Piketty, Thomas (2013). *El capital en el siglo XXI*. París: Seuil, Harvard University Press.
- Pink Floyd (1973). “Money”. En: *El lado oscuro de la luna*. Reino Unido: Harvest Records, Capitol Records.
- (1979). “Another brick in the wall”. En: *The Wall*. Reino Unido y EE.UU.: Harvest Records (R.U.)/Columbia Records (EE.UU.)/Capitol Records (EE.UU.).
- Poe, Edgar Allan (1990). “El entierro prematuro”. En: *Cuentos I*. Buenos Aires, Argentina: Alianza.
- Quiroga, Horacio (2018). “La insolación”. En: *Cuentos de amor, de locura y de muerte*. México D.F., México: Buqué de Letras.
- Ray, Nicholas (1951). *Infierno en las nubes*. EE.UU.: RKO Pictures.
- Remarque, Erich María (1952). *Sin novedad en el frente*. México D.F., México: Compañía General de Ediciones.
- República Argentina. *Decreto N° 29.337 del 22 de noviembre de 1949*. Recuperado de <http://www.undav.edu.ar/general/recursos/adjuntos/13382.pdf>.
- (1912). *Ley de sufragio universal, secreto y obligatorio*. Recuperado de https://ucema.edu.ar/~eez/Publicaciones/La_Ley_de_Sufragio_Universal_Secreto_y_Obligatorio/sec3.PDF.
- Rivera, Andrés (2004). *Cria de asesinos*. Buenos Aires, Argentina: Planeta.
- Rulfo, Juan (1975). “Nos han dado la tierra”. En: *El llano en llamas*. España: Colección popular.
- Sarmiento, Domingo Faustino (2002). *Facundo*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
- Scalabrini Ortiz, Raúl (2005). *El hombre que está solo y espera*. Buenos Aires, Argentina: Biblos.
- Scott, Ridley (1982). *Blade Runner*. EE.UU.: Blade Runner Partnership.
- Scribano, Adrián Oscar (2010). *El proceso de investigación social cualitativo*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo.
- Seinfeld, Jerry y David, Larry (1989-1998). *Seinfeld*. EE.UU.: Castle Rock Entertainment.

- Soriano, Osvaldo (2003). “Vuelta a casa”. Recuperado de <http://elututopolitico.blogspot.com/2013/01/pildora-lirica-vuelta-casa.html>.
- Star, Darren (1998-2004). *Sex and the city*. EE.UU.: HBO.
- Sui Generis (1974). “Las increíbles aventuras del Señor Tijeras”. En: *Pequeñas Anécdotas Sobre las Instituciones*. Buenos Aires, Argentina: Talent Microfón.
- Supertrump (1974). “School”. En: *Crime of the century*. Reino Unido: A&M Records.
- Télam (27/03/2017). “Una encuesta asegura que en la Argentina se leen más libros que en Alemania y Francia”. Recuperado de <http://www.telam.com.ar/notas/201703/183834-encuesta-argentina-lee-mas-libros-alemania-francia.html>.
- Terigi, Flavia (2009). “Las trayectorias escolares”. Recuperado de <http://www.ieo.edu.ar/promedu/trayescolar/desafios.pdf>.
- The Beatles (1964). *Concierto en el Shea Stadium*. Recuperado de <https://vimeo.com/113130502>.
- (1967). *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*. Reino Unido: Parlophone Records/Capitol Records.
- Tolstói, León (1969). “La muerte de Iván Ilich”. En: *La muerte de Ivan Ilich. El Diablo. El padre Sergio*. España: Editorial Salvat.
- Universidad Nacional de La Plata (2018). “Casi el 90% de los graduados de la UNLP consigue trabajo en menos de un año”. Recuperado de <https://unlp.edu.ar/graduados/casi-el-90-de-los-graduados-de-la-unlp-consigue-trabajo-en-menos-de-un-ano-9319>.
- Verne, Julio (2005). *La vuelta al mundo en 80 días*. Buenos Aires, Argentina: Gradifco.
- Viñas, Rossana (2015). “Ser joven, leer y escribir en la universidad. Las prácticas de lectura y escritura: de la escuela secundaria a la universidad”. Tesis Doctoral. La Plata, Argentina: Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP. Recuperado de <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/44649>.
- Walsh, Rodolfo (1966). “Esa mujer”. En: *Los oficios terrestres*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones de la Flor.
- (2005). “Carta abierta de un escritor a la junta militar”. En: *Operación Masacre*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones de la Flor.
- Wells, Herbert (2000). *La guerra de los mundos*. Buenos Aires, Argentina: Cántaro.
- Wilde, Oscar (2000). *El fantasma de Canterville*. Buenos Aires, Argentina: Altamira.
- Zemeckis, Robert (1985). *Volver al futuro*. EE.UU.: Amblin Entertainment.

Índice

Confluencia	3
Horizonte	5
Lectura	26
Escritura	53
Como un segundo	67
Intermedia	71
<i>The Wall</i>	76
Apunte	79
Referencias	84

Tesis Doctoral en Comunicación
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata
1 de julio de 2019

Doctorando: Lic. Marcelo Belinche
Directora: Dra. Rossana Viñas